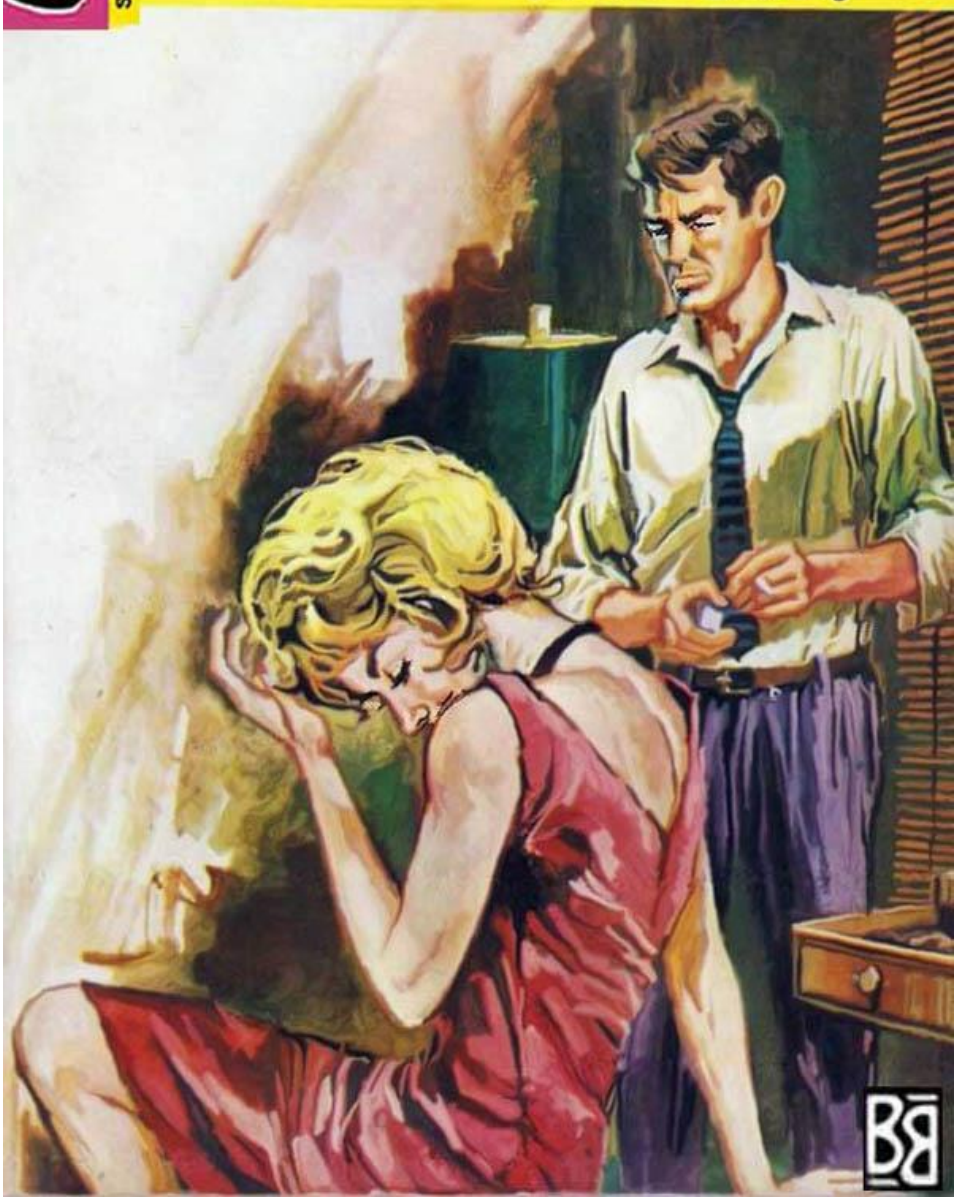
SS SERVICIO SECRETO

CONDENADO A VIVIR

peter debry



PETER DEBRY

CONDENADO A VIVIR

Col. SERVICIO SECRETO n.º 766
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

Depósito Legal B 4038 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril 1965

© Sobre el texto literario: PETER DEBRY -1965
© Sobre la cubierta: MIGUEL GARCIA-1965
© Sobre la lustración interior: COSTA-1965

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de |a misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

UNO

Abel Vigan era un hombre feliz porque no era ambicioso tenía buen corazón y estaba contento con su trabajo.

Para él, París compendiaba el mundo entero y era la mejor ciudad del orbe. Allí había nacido. No le gustaban los viajes. Pasear por las riberas del Sena era su máximo deleite.

El hombre que años después sería un aborrecido y bestial legionario, era por entonces un hombre normal y corriente, muy alejado de toda aventura, ni siquiera en imaginación.

Gracias a sus conocimientos de tres idiomas había encontrado empleo como funcionario del Estado, bien retribuido, en el Subsecretariado del Ministerio de la Guerra.

Por sus manos pasaban infinidad de documentos en inglés, italiano y alemán. Se limitaba a traducirlos, sin nunca detenerse a analizar su significado.

Huérfano a los dieciocho años, y al cumplir los veinticinco se casó. Dos años después, orgulloso de su buen sueldo que le permitía tener una linda casita en las cercanías de su Ministerio, Abel Vigan consideraba que el Destino le había colmado de dicha.

Por eso, aquella tarde primaveral, al abandonar su despacho y emprender el camino de regreso a su hogar, Abel Vigan silbaba alegremente, muy ajeno a cualquier pensamiento trágico.

Su hija Mabel era una preciosidad de tres meses. Una muñequita sonrosada y dócil, que prometía ser tan buena y dulce como su madre.

Y no obstante, dentro de cinco minutos, la vida iba a convertirse para Abel Vigan en una horrible condena, en el inicio de la más accidentada existencia, donde se vería maltratado cruelmente.

Daba vista a la casita, rodeada de un pequeño jardín, cuando se

detuvo asombrado. Veía claramente a Flora, su esposa, despidiéndose en el umbral de un desconocido, elegantísimo y envarado.

Abel Vigan no supo por qué razón se ocultó. Tampoco era su voluntad, sino un oscuro instinto lo que le hizo penetrar en la tienda del chismoso del barrio.

Estaba lo bastante cerca para ver a su esposa asentir con la cabeza a lo que le decía el desconocido.

Pero no podía oír lo que estaba diciendo el elegante individuo:

—Queda bien claro, señora. Hasta ahora ha cumplido, y los documentos que me ha permitido copiar de la cartera de su marido me han sido bastante útiles.

—¿Durará todavía mucho…?

La atajó él con helada cortesía:

—Haga lo que otras veces. Dele el narcótico. Pasaré a recoger la cartera. Y recuérdelo bien… Si él lo averigua por cualquier indiscreción de usted… despídase de la niña.

Inclinó ella la cabeza repetidamente, y remató el individuo:

—No lo olvide nunca. Despídase de la niña para siempre, si usted no cumple, o su marido averigua algo.

Desde su observatorio, Abel Vigan vio alejarse al desconocido. Percibió por vez primera una dolorosa sensación, como si le estrujasen el corazón con garra lacerante.

No podía ser nada que supusiera deslealtad, quiso pensar. Plora era la personificación de la rectitud y le quería sinceramente.

Sonrió para tranquilizarse, y pidió un bote de mermelada. Pero el tormento íntimo de la duda le impulsó a preguntar sin parecerlo:

—Otra vez este importuno fastidiando en casa.

El tendero, al cual encantaban los comentarios sobre los asuntos del prójimo, replicó:

—Ya le dije yo a mi mujer que no era un tipo que le fuese simpático a usted. Le he visto varias veces y siempre, su esposa de usted, parece molesta.

¿Molesta? Era cierto. Como si Flora temiese ser vista. Abel Vigan pagó y con una frase trivial sobre el tiempo, abandonó la tienda.

«Le he visto varias veces», había dicho el tendero. Y nunca Flora le habló de ninguna visita de un desconocido. Sin embargo, ella siempre se lo explicaba todo, con pormenores.

Procuró adoptar el semblante habitual cuando ella salió a su encuentro, riendo, y quitándole la voluminosa cartera.

—¿Más trabajo, Abel? Deberían darte un sobresueldo. Siempre vas a acostarte hacia la medianoche.

—Hoy salí antes del despacho. Tengo trabajo, y quería saborear tu buen café. ¿La niña?

—Durmiendo como un angelote.

—¿Ninguna novedad?

—Recibí dos visitas esta tarde.

Abel Vigan al oír esta respuesta, sintióse culpable, avergonzado por su duda. Ella prosiguió:

—Vino Jacques a pedirme tus compases. Se los di. —Hiciste bien. ¿Y quién más vino?

—¡Bah! La pesadísima de Melanie Delorme. Me hizo perder casi una hora con sus cotilleos.

—¿Nadie más vino?

—No. Nadie más. ¿Te preparo un buen café, Abel?

—Sí —replicó él, vuelto de espaldas, fingiendo contemplar la criatura en la cuna.

Notaba que un calor húmedo ascendía por sus manos, pasando al pecho, mojando su cuello y nuca. Las sienes le martilleaban.

Un velo turbio empañaba sus pupilas, impidiéndole ver con claridad. Abel Vigan no era sutil, ni estaba acostumbrado a tomar iniciativas ante casos extraordinarios.

¿Habría Flora olvidado la reciente visita? No podía ser. «Varias veces», cantaba en sonsonete la voz del tendero en su cerebro.

A pesar de la evidencia, quiso ahogar el rugido ancestral que furioso hacía hervir su sangre. Oía a su esposa manipular por la cocina.

—Me pareció haber visto a alguien salir de aquí, Flora.

Esperó ansiosamente la respuesta. La voz de Flora expuso con tranquila entonación:

—No, Abel. En todo caso, sería de la casa vecina.

Lo había visto con sus propios ojos, y ella lo negaba. Crispó Vigan los puños, y con paso sacudido, de autómata, penetró en la limpia y alegre cocina.

—No debes trabajar tanto, Abel —dijo ella afectuosamente—. Estás muy pálido.

Retrocedió ella, asustada, dilatados los ojos en infinito temor. Porque brutalmente, Abel Vigan acababa de aplicar un revés a la taza que ella le tendía.

Y por entre los lívidos y apretados labios mordía el insulto:

—¡Perra!

—Abel, por favor… —musitó ella temblorosa—. Tus nervios…

—¿Quién es él?

—¿Quién…?

—¡Este hombre con el que hace apenas diez minutos charlabas en la puerta! Te despediste de él, diciéndole que sí a cuanto te pedía… ¡Contesta, perra!

—Te engañas, Abel… Yo no…

Lo que siguió fue durante años y años, un recuerdo de pesadilla para el tranquilo y bondadoso Abel Vigan.

Alzados les puños, ciego de coraje, fue golpeando, convertido en un bruto, cuya mente estaba anegada por un dolor atroz. Creerse engañado por la mujer que era todo su amor, su único y primer amor.

En la cuna, Mabel Vigan emitió primero un gemido, y después su llanto fue creciendo en progresivo tono agudo.

Abel Vigan seguía golpeando incesantemente. Cuando ella, que hasta entonces conservó un trágico mutismo, cayó ensangrentada, Abel Vigan se miró las manos.

Las mordió con saña salvaje y arrodillándose, sollozó roncamente:

—¿Por qué me hiciste eso a mí, Flora? ¿Por qué…?

Ella apenas respiraba. Sintió una repentina alarma. ¿La había matado? Trató de reanimarla con una toalla empapada en agua, pero Flora seguía inmóvil.

Corrió al teléfono pidiendo un taxi. Buscó una manta, envolviendo en ella, a la que continuaba inmóvil, lívida.

Cuando resonó la bocina anunciando que el taxi esperaba, Abel Vigan salió llevando en brazos a su mujer. Entró dificultosamente en el coche, ordenando:

—¡Pronto! ¡A una clínica!

—¿A cuál?

—¡Cualquiera! La mejor…

El taxi arrancó. En la esquina, un hombre elegante, envarado,

estaba al volante de su propio coche. Siguió tras el taxi.

* * *

En el departamento inferior de asistencia urgente de la clínica, el médico de guardia llamó por señas a Abel Vigan. Obligándole así a salir de la blanca sala.

En la mesa de intervenciones yacía Flora Vigan.

El médico de guardia inquirió:

—¿Accidente de tráfico?

—Sí —contestó Vigan maquinalmente.

Dejóse caer sobre una banqueta, como aplastado por un mazazo. Ante su evidente aflicción, el médico pensó que sería mejor rellenar la ficha más tarde. Se dirigió a otra sala.

Abel Vigan recordó de pronto que la niña había quedado sola. Podía suceder un accidente. Volvería después a preguntar por Flora.

El hombre elegante y envarado ya no estaba frente a la clínica. Había vuelto a la esquina próxima a la casa de los Vigan. Deducía que Abel Vigan se había enterado.

¿Qué es lo que sabía concretamente? Hubiera sido fácil matarle, pero a Robert Jarnac no le convenía un traductor de documentos secretos muerto, en vez de una esposa aterrorizada.

Prefería poder seguir exprimiendo al traductor. Y sonrió levemente Robert Jarnac. Ya tenía la solución. Abel Vigan seguiría trabajando.

Penetró en la casa, y al amparo de los arbustos del jardín saltó al interior por una ventana abierta. Dirigióse a la cuna, y cogió a la que, cansada de lloriquear, dormía de nuevo plácidamente.

Ya le comunicaría a Abel Vigan que, si quería volver a ver con vida aquel fardito de ropas y poca carne, tenía que ser dócil y obediente.

Tenía que permitir que él, Robert Jarnac, tomase copia de los documentos entregados para ser traducidos o pasados a máquina.

Cuando Abel Vigan entró en la casa, se arrodilló junto a la cuna, sin mirar. Apoyó la cara en los barrotes, sollozando quedamente:

—Todo se arreglará, chiquita. Verás cómo todo se arreglará.

Adelantó la mano para hacer lo que acostumbraba. Dar leves palmadas sobre el envoltorio de ropitas.

Engaritó la mano al notar el vacío. Vio entonces las sábanas y el hule arrugados. Recorrió las habitaciones llamando puerilmente:

—¡Mabel! ¡Mabel!

Abel Vigan había sido siempre un ser de tranquilas costumbres. Sus nervios no habían sufrido fuertes sobresaltos.

Se encaraba ahora con un misterio denso e inexplicable. Pensando en su esposa, tal vez moribunda, en su hijita desaparecida, su cerebro bajo una presión ignorada, pareció a punto de estallar.

Salió de la casa, caminando sin rumbo. ¿Dónde estaba su hija? ¿Qué estaría haciendo el cirujano en aquellos instantes con su adorada Flora? El día iba oscureciendo.

Dio un traspié, y un conductor le insultó:

—¡Burro, cegato!

Abel Vigan miró en rededor, extraviadas las pupilas. Las farolas iban encendiéndose.

Incapaz de coordinar una sola idea, siguió andando. Estaba empapado en sudor. Al llegar al borde del Sena, un escalofrío le invadió. Percibía en su cuerpo la sensación de intensa frescura que emanaba del río.

De vez en cuando, mientras trataba de coordinar sus ideas, andando, un escalofrío le sacudía.

Era ya noche completa cuando cayó de bruces, castañeteando de dientes, sin sentido.

Cayó al agua a poca distancia de una gabarra que lentamente remontaba el río hacia Le Havre.

Un marinero que estaba enrollando lonas, gritó:

—¡Eh! ¿No habéis oído? Alguien se ha chapuzado.

—¡Allí! ¡La cabeza!

—¡Este fulano no quiere nadar!

El patrón de la chalana tenía que llegar a una hora fija a Le Havre. Cada hora de retraso la pagaba con un porcentaje de descuento. Gruñó:

—No somos beatas del Ejército de Salvación. Si se quiso suicidar, ¿por qué llevarle la contraria? No nos lo agradecerá cuando despierte.

Los tres marinos fluviales no replicaron, pero se limitaban a mirarle con fijeza. Y el patrón imprecó:

—¡Maldita sea! El que quiera darse un baño, allá él. Conformes.

Un marinero se zambulló, y poco después, tras varias inmersiones sacaba a flote a Vigan que fue izado en la gabarra de remolque, y trasladado a la chalana motora.

Media hora después, con ropas secas y zurcidas, Abel Vigan yacía en una litera, envuelto en mantas y lleno el estómago de leche con ron.

El gabarrero que le había salvado comentó:

—No sabe decir más que dos palabras. Y viste ropas caras. Pero en el chapuzón se le vaciaron los bolsillos de la chaqueta.

—¿Y qué dos palabras suelta el macabeo? —preguntó el patrón, dándole al que suponía frustrado suicida el apodo fluvial.

—Repite dos nombres de mujer: Flora y Mabel.

—Penas de amor, caray… Lo que siempre os digo, atunes. No os enamoréis, y menos por partida doble. Nada, ¡nada de mujeres!

—Ya. Hasta Le Havre, ¿no, jefe? —rió uno de los marineros.

—A mí me gustan por horas, no por días, ni mucho menos por años. Otra cosa, muchachos; cuando el macabeo esté repuesto, no le hagáis preguntas. Si se quiso suicidar, allá él.

Cuando la chalana con su gabarra a remolque, llegó a los muelles de Le Havre, Abel Vigan deliraba.

Sólo emitía los dos nombres femeninos. Tenía una pulmonía.

El patrón maldijo e insultó a sus marineros «por meterle en líos», y por fin dejó al enfermo en el hospital marino.

En Administración, el empleado del registro quiso saber:

—¿Los gastos a cargo de quién, patrón?

—Pues…, ¡eso es! ¡Las diez de últimas! Lo que me faltaba. Bueno, a mi cargo.

—¿Qué nombre, patrón?

—¿Quién?

—Su gabarrero.

—Ah, pues, ahí sí que me atrapas, chupatintas. No es marinero. Lo pesqué en el agua. Para que sepamos de quién se trata cuando yo regrese, llámale León. Tiene los cabellos rojos y algo de leonino en el hocico. Como lo recogí por el muelle de Lesurc, inscríbelo así: León Lesurc.

DOS

Al día siguiente al ingreso de Flora Vigan en la clínica, un periodista, que lo era porque pasó hambre mientras se limitó a componer poemas, escribió en uno de los principales periódicos sensacionalistas de París:

«LA EXTRAÑA MUERTA Y SU INCOGNITA».

«Esta mujer que ha aparecido muerta de modo misterioso en la Clínica de Urgencia de Longchamps, estremece a los más insensibles, al contemplarla en su definitivo silencio.

»¿Qué inmensa tragedia la llevó hasta el frío mármol preludio de la fosa común? ¿Qué enemigos sin alma la perseguirían para así darle alcance en su gélida cama de metal, en la antesala del cuarto dé Rayos X?

»Nunca lo sabremos.

»Y esta mujer, cuya identidad se ignora, será una interrogación más en nuestras existencias. Una inquietante interrogación, porque debían odiarla mucho, o acaso amarla con frenesí, para arrebatar su vida del mundo silencioso y blanco que es un hospital.

»¿Qué oculto drama se esconde tras esta mujer desconocida que ingresó ayer macerada a golpes brutales, para quedar después definitivamente inerte, con un agujero de bala, redondo y único, impreso en

su frente desconocida?

»La muerte hizo acto de presencia sin ella saberlo, cuando quedó sola, en las tinieblas del cuarto oscuro donde la Ciencia pretendía en vano descubrir su secreto.

»Quizá su secreto fuera tan angustioso, tan terrible, que se incrustó grabado en sangre viva en su corazón. Y tal vez por esto la mataron. Para que, en la pantalla, la Ciencia, asombrada, no leyese la fatídica verdad.

»Su frente perforada criminalmente de un balazo horrorizó a todos, porque un crimen en un hospital parece más inhumano, más desalmado. ¿Quién la mató? ¿Quién sería esta mujer? ¿Qué terrible secreto amenazaba su vida?

»Ha muerto en un hospital, sin un amigo, a solas. Ha muerto como las grandes perseguídas, o acaso como las grandes pecadoras.

¿Quién sería esta mujer?».

En el hospital marino de Le Havre, el número ochenta y seis, inscrito como León Lesurc, cubrióse la cabeza bajo el embozo de las sábanas.

No quería que los demás enfermos le viesen llorar. Estrujaba el periódico donde acababa de leer aquel artículo de fúnebre poesía elegiaca.

Aquella lectura le producía un dolor más intenso que las otras noticias, cuyos titulares parecían quemarle los ojos:

«Misteriosa desaparición del funcionario Abel Vigan».
«Indicios de que Vigan era agente a sueldo de una potencia extranjera».
«La identidad de la mujer desconocida, asesinada en la clínica de Longchamps. Es la esposa de Abel Vigan».

Abel Vigan había leído ávidamente el periódico entero. En las

columnas de Sucesos se reseñaban diversos accidentes:

> «Anciano atropellado». «Chofer irascible que…».

Y un suceso, letra por letra, mató en vida a Abel Vigan:

> «Una niña de unos tres meses, aproximadamente, ha aparecido muerta de frío en la ribera izquierda del Sena, junto al Puente de Neully, sin que hasta el momento se sepa quién es. Nadie ha venido a reclamar el cuerpo de la infeliz criatura, ni existen denuncias de su desaparación».

Los ojos de Abel Vigan se convirtieron en rojas cuencas ardientes y exhaustas. Algo pareció también secarse en su pecho: el alma.

Su rostro ya no sufrió la menor alteración cuando al día siguiente leyó en la Prensa:

> «Abel Vigan asesinó a su esposa.
>
> »El señor Prosper Latruie, comerciante en comestibles, aportó con su espontánea declaración, la solución del misterio pasional del caso Vigan.
>
> »Sus revelaciones han demostrado que el asesinato de Flora Vigan lo cometió Abel Vigan por celos fundados…».

No quiso leer más.

Para Abel Vigan, ahora, el mundo era un conjunto de implacable hostilidad. No podría ni quería defenderse. No tenía ánimos para tratar de penetrar en la misteriosa bruma que envolvía las muertes de su esposa e hija.

Quería simplemente marcharse lo más lejos posible. Olvidar, embrutecerse, soportar la peor de las condenas: vivir.

Por la noche, abandonó clandestinamente el Hospital del Mar. Vagabundeó por las estrechas callejuelas en pendiente del barrio

portuario. Los negros adoquines relucían con húmeda luz siniestra.

Se detuvo ante la bandera pintada a un lado de un zaguán. Bajo la bandera había varios carteles de vivos colores, con breves reclamos:

> «Si la vida te maltrata, la Legión es tu hogar.
>
> »Tu pasado no existe, si ingresas en la Legión.
>
> »Si buscas redención, puedes convertirte en un héroe. Entra.
>
> »La Legión Extranjera Francesa te dará un hogar viril y un arrogante uniforme».

Entró en el zaguán. Y caminando como un autómata, como lo hacía desde la tarde en que sus manos golpearon a la única mujer que amó, dirigióse a la puerta donde se leía en grandes letras caligráficas:

«Oficina de Enganche».

Un brigada legionario, grueso y canoso, levantó la vista del crucigrama que estaba resolviendo.

—Hola, compadre. No se esté ahí parado. Adelante. No muerdo.

Abel Vigan dio dos pasos rígidos.

Muchas noches venían individuos así. Como alucinados, como cadáveres ambulantes. Y el brigada, estaba ya habituado a tratarlos adecuadamente.

—Siéntate, amigo. Supongo que anhelas rabiosamente enrolarte en La Legión.

—Sí.

—Vaya… ¿Quieres soplar, por favor? Sí, hombre, el aliento… Eso es. No estás bebido. O sea que sabes lo que te haces. A los borrachitos les hago un discurso, por si pasado el valor vinatero, se arrugan. ¿Estás casado, compadre?

Abel Vigan, cuyo rostro era mármol trágico, negó con la cabeza.

—Te lo he preguntado, porque si firmas como soltero o viudo o divorciado, y luego sale una esposa legítima, reclamando, pagas

dobles. Un año de cárcel, y luego los brazos de tu costilla…

Abel Vigan adquirió una expresión tan amenazadora, que el veterano legionario ondeó la mano como para aventar algo molesto.

—Bien, era la única pega que se opone a tu enrol. ¿Te llamas?

Vigan volvió a denegar sombríamente.

—Tienes derecho a conservar el más absoluto incógnito. Les que van a morir se encasquetan el nombre que les da la realísima gana. Digo lo da espichar, porque salen contingentes legionarios para Indochina. O sea, que, por tu aspecto, deduzco que andas ansiando acabar contigo.

Asintió Vigan. El, brigada, mojó una pluma y cogió un impreso.

—Tengo que llenar esta hojilla. Pero puedes decir lo que más asco te dé. Es un simple formulismo, para que estampes la firma. Ayer mismo, a estas horas, vino uno que me dijo que se llamaba Marco Antonio. Así lo apunté.

Rió el, brigada, pero ante la impasible figura tétrica del aspirante a legionario, meditó que había tipos carentes de todo sentido del humor.

—Al bulto. Si quieres afirmarme que te llamas Julio César, a mí me tiene sin cuidado. ¿Qué nombres te endilgo?

—León Lesurc.

—¿Edad?

—Veintisiete.

—Los casados no pueden enrolarse, como te expliqué. Puedes contestarme que eres viudo o soltero. ¿Estado?

—Soltero.

—¿Nacido en…? Cualquier pueblo. Da lo mismo. Rutina asquerosa.

—Nacido en Le Havre.

—¿Profesión? La mayor parte dicen que son rentistas. Otros, agricultores. ¿Profesión?

—Oficinista. Pero ponga mejor, agricultor.

—Eso es. Cultivador. Bueno, firma aquí, León Lesurc. Con la pluma no. Has de mojar el dedo pulgar derecho en este tampón de tinta. No te apures, legionario. Esta ficha queda archivada, y de la Legión no te sacan ni con orden del propio Presidente de la República.

Cuando quedó estampada la huella dactilar, el brigada contó

unos billetes de Banco.

—La prima de enganche. Puedes botarla en cualquier *cabaret* vecinal.

—No.

—Mañana al mediodía sale un transporte para Argel. Tienes ya el pasaje a bordo. Nada más. Suerte. ¿Estás en un hotelucho?

—No.

—Mejor. Puedes quedarte a dormir aquí. Hay camastros en la sala contigua. Así nadie te vigilará. ¡Trompeta! Me olvidaba de la fecha.

Y el, brigada, con aplicada caligrafía, escribió en el impreso:

«18 de mayo de 1922».

* * *

Gaston, el único nombre por el cual se le conocía en la Sección de Choque, esperaba, tenso como un alambre tirante, bajo la luz cegadora del foco, tratando de no pestañear.

Sus manos estaban pegajosas de sudor. Se las secó disimuladamente, en los pantalones.

Fuera del círculo de luz podía distinguir oscuramente los discos confusos de tres rostros. Con labios delgados que parecían trazados con lápiz rojo por una mano colérica.

Por fin, una de las bocas se movió. El sonido de la voz en el silencio de la habitación, estaba repleto de amenazas.

—¿Qué estaba usted haciendo en el despacho del teniente Leclerc?

El corazón de Gaston latió tan fuertemente que su dueño pensó que los tres hombres lo habían oído.

Doce minutos antes, un vigilante nocturno le había sorprendido revolviendo el fichero. A punta de pistola le había traído aquí. Una habitación en un sótano, donde los tres rostros sin nombre se distinguían fuera de un círculo de luz.

Aquellos doce minutos habían sido todo el tiempo que tuvo para forjarse una coartada. Una coartada que no sólo le librase de

sospechas, sino que no revelase su verdadera identidad.

—El teniente Leclerc me ordenó que fuese a buscarle a su oficina —empezó a decir.

Pero las palabras sonaban a hueco y falso en sus oídos. Trató de emplear un tono más firme.

—Me dijo que entrase y le aguardara. Supongo que algo imprevisto le retrasó. Yo sólo estaba hojeando papeles distraídamente, por hacer algo, mientras esperaba.

—Ya… Y los papeles que le estaban entreteniendo tanto eran los contenidos en un archivo donde bien claramente se leía la palabra «Secreto». ¿O es que distraídamente no se dio cuenta?

—Yo no…

Una voz le interrumpió, cortante como un latigazo:

—Conoce muy bien a Leclerc, ¿no?

Una salva de preguntas se abatió sobre él con paralizante rapidez… ¿Dónde había conocido a Leclerc? ¿Cuándo? ¿Quién los había presentado? ¿En qué local londinense? ¿Antes de la guerra, en París, en qué trabajaba? ¿Dónde se alojaba, actualmente, en Londres?

Titubeando bajo el ataque conjunto de la ráfaga de preguntas, se contradijo, divagó, tartamudeando a instantes.

—¡Es usted un embustero! —le espetó una voz despectiva—. Y además un embustero muy estúpido.

Los ojos le dolían bajo la luz implacable. Con mano temblorosa buscó un cigarrillo.

—¡Tire eso!

—¡Saque la mano del bolsillo!

—¡Mire al frente!

Después, de repente, todo acabó, apagándose el foco. Una luz suave inundó el sótano, descubriendo a tres hombres, sentados tras una mesa. Dos de ellos vestían el uniforme de la Fuerzas Francesas Libres.

Miraron a Gaston durante un momento, con indulgencia. Al fin, el que vestía de paisano, dijo:

—Eso es todo. Ha fracasado usted, Gaston. Le falta aplomo. Pero se agradece su buena voluntad. Puede irse.

Gaston abandonó el sótano de la casa londinense, sede provisional de la Sección de Choque del Segundo Despacho francés,

el servicio de contraespionaje.

Los jefes de aquella sección estaban encargados de la formación de agentes.

—¿Y éste era un voluntario con aptitudes, señores? —preguntó burlón el hombre de paisano.

Gustave Martel había dejado su uniforme de capitán de Estado Mayor en París. Asintió al oír la respuesta razonable:

—Estamos en organización. Disponemos de pocos elementos. Los bien, entrenados, parten de inmediato con misión en Francia…

En otra habitación, un hombre encerrado leía las mismas instrucciones impresas que había leído poco antes el voluntario apodado Gaston.

> «Dentro de doce minutos preséntese en la habitación del sótano que hallará al pie de la escalera. Una prueba medirá su capacidad para establecer y mantener una coartada para la situación siguiente:
>
> »A las nueve de la noche, un vigilante nocturno le ha sorprendido examinando papeles de un archivador secreto en el despacho de un oficial francés de Vichy. Le conoció usted en Londres. No es usted del personal de la oficina militar en que ha sido sorprendido. El vigilante nocturno le conduce, armado, al sitio donde será interrogado».

Leídas estas instrucciones, el capitán Martel comentó:

—Un aspirante inepto trataría de desarmar al vigilante. Por lo menos, el muchacho que acaba de salir tenía buena voluntad, pero estaba muy verde para una misión importante.

—Ya sabe usted, Martel, que a nosotros no nos interesa la consistencia de las coartadas que los voluntarios a ingresar en nuestro servicio se inventan. Lo que interesa es el equilibrio emocional de un sujeto sometido a tensión en un interrogatorio.

—Y este Gaston sudaba como un pollo. Exactamente como si estuviera frente a la legítima Gestapo. Bien, yo necesito un hombre que posea un descaro a toda prueba. Vine a ver si podían facilitármelo.

—Lo lamentamos, capitán.

—Yo también lo siento, pero ninguno de estos muchachos me sirve. Sigan entrenándolos, pero yo no puedo esperar más. El tiempo apremia.

Uno de los profesores-sicólogos miró el calendario. El día era el 12, el mes, octubre, y el año, 1941.

Dijo:

—Tan pronto conozcamos a un hombre capacitado…

—Yo sí le conozco —atajó Martel—. Un magnífico ejemplar de atleta. Dueño de una simpatía que desarma. Y rebosando de un sublime descaro que aturulla a quienes le interrogan.

—Entonces, si ya tiene su fenómeno, ¿a qué aguarda, capitán? Le damos una ficha en blanco, y usted nombre agente a este prodigio.

—La ficha, y completa, la tengo. Pero el hombre que busco no está en Inglaterra. Ni en Francia. Y estoy esperando de un momento a otro un informe para saber si aún vive, porque es de carácter turbulento. Y esté donde esté, iré en su busca.

—Es extraño. Le conocemos perfectamente, Martel. Sabemos que usted no siente entusiasmo por la raza humana, y menos por un individuo aventurero. Y al hablar de éste…, ¿cómo se llama?

—Marc Heliotrop.

—Al hablar de este Marc Heliotrop… curioso apellido, por cierto… le destellan las pupilas con entusiasmo. ¿Heliotrop es un apellido verdadero?

—No. Le llaman así porque lleva siempre un heliotropo en el ojal de la solapa. Le gusta este perfume.

—¿Un tipo del hampa?

—Frecuenta el hampa, pero nunca cometió ni cometerá ninguna canallada. Ha sido de todo un poco, llevado por un temple inquieto, amante del peligro. Ha sido comisionista en Saigón, minero en Chile, ballenero en Islandia, Las últimas noticias que tuve de él informaban que se hallaba regentando un *cabaret* en Casablanca.

—Un tipo algo sucio, ¿no?

—Un verdadero caballero por dentro, aunque esté siempre alternando en ambientes equívocos. Un hombre cabal.

—¡Caramba, Martel! Es la primera vez que le oímos elogiar a un ser humano.

Llamaron a la puerta. Entró un soldado que dirigióse rectamente al capitán Martel, entregándole un cablegrama. Marchóse, después de saludar marcialmente.

Gustave Martel abrió el cablegrama. Lo leyó, y una amplia sonrisa dilató su faz severa.

—¿Buenas noticias, Martel?

—Excelentes. Marc Heliotrop vive. Trabaja como contramaestre en un barco de vela que hace cabotaje por la costa de Dakar. Ya tengo a mi hombre. Voy en su busca.

—Buena suerte, Martel. Y no cabe duda que este Marc Heliotrop debe ser un prodigio. ¿Son antiguos amigos, Martel?

Gustave Martel entornó los párpados. Una irónica sonrisa, matizada de afecto, se esbozó en sus labios severos. Dijo tenuemente:

—Conocí a Marc cuando tenía yo doce años. El acababa de nacer. Su primer delito fue robarme cinco francos para comprar un arsenal de petardos. Tenía sólo siete años, y ya le gustaba el estruendo. Bueno, señores, adiós, o hasta pronto.

Se dirigió a la puerta, y abriendo volvió la cabeza:

—El hombre de los heliotropos se llama Marc Martel. Es mi hermano.

Hacía ya dos minutos que se había marchado el capitán Martel cuando uno de los profesores exclamó:

—¡Zambomba! Podía haber empezado por lo último.

—Gustave Martel lleva veinticinco años trabajando en el Servicio de Información. Por esto, siempre es enigmático.

—No sabía que había ingresado tan pronto.

—Tenía diecisiete cuando entró de escribiente en Plana Mayor. Era corneta voluntario, y ascendió por méritos propios.

—¿Y sabes cuál es su misión ahora?

—Creo que está relacionada con el norte de África. Algo me dijeron de alemanes intentando sublevar destacamentos de la Legión Extranjera.

TRES

El restaurante «Doré», en el puerto de Dakar, era un sitio muy frecuentado por los numerosos viajeros de todas las nacionalidades que abundaban en aquel puerto africano.

El local se componía de dos plantas. En la inferior, ocupada enteramente por mesas, efectuaban sus comidas clientes accidentales.

En el piso alto, compartimientos reservados, abiertos sobre la balaustrada a modo de palcos, y dando vista al comedor inferior, eran frecuentados por los clientes habituales.

En uno de estos compartimientos tomó asiento Marc Martel. Alto, sin grasas ni aparatosa corpulencia, engañaba al primer vistazo.

Vestía dril blanco. En el ojal de la solapa ponía su nota de color un heliotropo.

Fijándose con más detenimiento en Marc Martel, un observador podía apreciar la anchura de sus hombros, el recto y macizo cuello, y los compactos brazos que rellenaban las mangas de su chaqueta.

Un observador más experto habría apreciado también los abultamientos que en ambos costados producían dos pistolas enfundadas en un cinturón cartuchera.

Y habría adivinado sin gran esfuerzo, que aquel francés de rostro simpático y varonilmente guapo no ejercía una profesión pacífica.

Marc Martel se aproximó la solapa al olfato y aspiró con deleite.

Súbitamente cambió su expresión. La diestra bajó rápidamente hacia su costado, apartando el vuelo de la chaqueta.

La puerta del reservado se abría lentamente.

Quedó como paralizado, viendo al que entraba. Sus dos manos volvieron a subir, colocándose de plano sobre la mesa.

Tragó saliva, sonrió, tosió, y por fin, dijo:

—Que me empalen, si no es el propio Gugus.

El capitán Gustave Martel ostentaba una extraña humedad en las pupilas. Hacía ya cinco años que no veía a Marc Martel.

—Hola, bribón —saludó con voz entrecortada.

Impulsivamente, los dos hombres en pie, se estrecharon en hondo abrazo, palmoteándose con torpeza los omóplatos.

—Tienes buen aspecto, Marc.

—Siempre. Ya sabes… Vida sana y tranquila. Tú estás magnífico, Gugus. Se ve que te cuidan bien por los cuarteles. Espero que no estarás marcando el paso de la oca.

—Cuando ellos entraron en París, yo me fui con los llamados disidentes. A las brumas londinenses. ¿Sigues tan sinvergüenza?

—Procuro aplicar aquello de donde estuvieres, haz lo que vieres. Oye, ¿no andarás buscando a algún maleante internacional?

Y Marc Martel miró con cierto recelo a su hermano, al añadir:

—Por casualidad, ya que has venido a este local, ¿no estarás buscando a Tonio Costa, el corso?

—No me interesa para nada dicho corso. Un momento… Espero que no andarás metido en ningún lío con el tal corso.

—¿Yo? —Y Marc aspiró de nuevo el heliotropo con aire candoroso—. Tu profesión siempre te hace pensar mal.

—Por eso acierto de cada diez, nueve.

—¡Mira que es casualidad! Tú por aquí… Y a esta hora, precisamente.

—¿Tienes cita con alguna damisela? Me he enterado que sigues progresando en el arte de romper corazones.

—Algo va a romperse, Gus… Echa una ojeada.

Señaló hacia abajo, donde un rumor acababa de elevarse. El capitán Martel, de paisano, contempló cómo siete individuos irrumpían en el local.

Pistola en mano, abriéndose en semicírculo, impidieron el acceso a las puertas.

Destacóse del grupo de pistoleros un alto y atlético individuo que conminó:

—¡Brazos en alto, todos! ¡Arrimándose a la pared del fondo! Aprisa, o mis muchachos os asarán.

—Es Tonio Costa, el corso —comentó Marc Martel, sonriendo, y

en voz baja—: Un gorila antipático, que afea mucho esta comarca.

En la diestra del capitán acababa de aparecer una automática.

—No dispares, Gugus. Todavía no. Espera a que los clientes estén castigados de cara a la pared. Hombre, también es formidable esto… Basta que aparezcas tú, mi capi, para que ya empiece el jaleo.

—Tengo mis dudas —rebatió Gustave Martel secamente—. Creo más bien que te olfateabas todo esto.

Tonio Costa, comprobado que todos los ocupantes del local estaban dándole la espalda a él y sus cómplices, preguntó hoscamente:

—¿Quién de vosotros es Marc Heliotrop? ¿O quién sabe dónde está? Doy un minuto para contestar. Iré eliminando tipos hasta que…

—Ahorra baba, Tonio. Estoy aquí.

Y Marc Martel inclinándose sobre la balaustrada, se asomó, con una pistola en cada mano.

Precipitadamente, Tonio Costa corrió a refugiarse al pasillo que quedaba oculto bajo el piso superior de los reservados.

—¡Dos a la salida de atrás! —ordenó—. ¡Los otros conmigo, arriba!

Gustave Martel, abriendo la puerta del compartimiento, afirmó:

—En vez de heliotropo deberías llevar un cartucho de dinamita en la solapa, bribón. Siempre estás metido en jaranas.

—Por chiripa. Tienes un buen parapeto allá en la parte izquierda de la escalera. Salgo a recibir a las visitas.

El corredor de los compartimientos daba a la escalera. Marc Martel se adosó contra la pared derecha del pasillo, enfocando los peldaños con sus dos pistolas.

«Siempre el mismo follonista temerario —pensó Gustave Martel, severa la expresión—. Indudablemente, será un magnífico legionario».

El sombrero panamá de Tonio Costa voló por los aires, agujereado por el disparo de Marc Martel.

El corso volvió a desaparecer en el rellano de la escalera.

—El siguiente pepinazo te dará en plena cabezota, Tonio —avisó el que acababa de disparar—. Yo, en tu lugar, abandonaría el asunto.

—Espera un poco, fanfarrón —amenazó Costa desde su entrante.

—Llevas las de perder, camello. Tengo a mi hermano conmigo. Tirador de primera, ¿sabes? Y está esperando a que asomes para freírte a tiros. A ti y a tus asesinos baratos.

Hubo un corto silencio. Añadió Marc Martel:

—La única solución para salvar la pelleja es que dejéis las herramientas en medio del local, para que yo las vea bien, antes de pasar a recogerlas.

En el rellano, Costa murmuró algo a dos de sus pistoleros, que se deslizaron furtivamente hacia el pasillo posterior.

—Cada minuto que tardes en entregarte, Marc Heliotrop, caerá uno de los burgueses que están contra la pared —gritó Costa, para ganar tiempo.

Marc Martel guiñó un ojo hacia su hermano, mientras corría silenciosamente sobre la punta de sus zapatillas de tenis, hasta llegar al extremo del pasillo por donde asomaban dos pistoleros.

Dio un salto y cayó encima del primero con los pies por delante. Alcanzado en pleno pecho, inesperadamente, el pistolero rodó escaleras abajo, arrastrando en su caída al que le seguía.

Al otro extremo, Gustave Martel abría fuego contra los tres, hampones que intentaban sorprender por la espalda a su hermano. Éste disparó hacia el rellano en que se hallaba Costa.

Quería simular que se disponía a resistir en el pasillo. Pero saltó al interior de un reservado, subió a la balaustrada, y tomando impulso pareció como si se zambullese en una piscina desde una palanca.

Sus manos se aferraron alrededor de los brazos de metal de una de las lámparas que colgaban del techo de la sala baja. Durante unos instantes se balanceó en el aire, como asido a un trapecio.

Tonio Costa acudió presuroso con sus guardaespaldas. En su balanceo, Martel asestó un punterazo que derribó al primero que pretendía asirle por los tobillos.

Y soltándose, cayó encima de otro, formándose un remolino humano.

Tonio Costa se aproximó para elegir el momento oportuno de descargar un culatazo sobre el cráneo de Marc Martel. Una presa que, con vida, le suponía muchos miles de francos.

Desde arriba, Gustave Martel encañonaba aquella masa confusa

de gesticulaciones violentas, pero el temor de herir a su hermano no le permitía disparar.

Uno de los corsos, olvidando las órdenes de Costa, apretó el gatillo. Marc Martel al esquivar un culatazo, se inclinó. Las balas que le iban destinadas, perforaren la espalda de uno de sus agresores.

Tonio Costa, abalanzándose, introdujo sus dos brazos bajo los sobacos de Martel, y juntó las palmas de las manos sobre la nuca de su enemigo.

Los otros dos corsos ilesos acudieron en su ayuda, pero Gustave Martel disparó desde arriba.

En una puerta, terciados los fusiles ante el pecho, aparecieron los cinco componentes de una patrulla de la policía colonial.

Marc Martel conocía la contrallave para deshacerse de la presa que le había administrado el ex luchador corso. Echó hacia atrás los brazos. Entrelazó las manos también tras la nuca adversaria.

Inclinándose, lo proyectó por encima de su espalda en catapulta. Tonio Costa cayó expertamente sobre la punta de los pies. Pero Martel no le dio tiempo a intentar otra presa.

Asió una muñeca del ex «catcher» y aplicándole la suela en el pecho, tiró del brazo apresado, con todas sus fuerzas.

Tonio Costa gritó dolorido. Enmudeció contra su voluntad, al recibir el violento puntapié en el estómago.

Cayó de espaldas, ruidosamente, sin sentido.

Marc Martel, perdido el equilibrio de resultas de su acrobacia, caía al suelo, sobre sus manos. Se puso rápidamente en pie, ya rodeado por tres patrulleros.

El capitán Martel había mostrado al cabo patrullero la licencia especial concedida por la máxima autoridad francesa local. «Plenos poderes al capitán Gustave Martel…».

Había ido atando a los corsos, privados de sentido, tras desarmar a los dos que él mismo desde el piso superior, había herido.

Acercóse al inconsciente Tonio Costa. Pero entre el derribado luchador y él se interpuso su hermano.

—Ya que tienes carta blanca, capi, dile al soldado que se lleve a esos seis, pero que me deje con Tonio. Querrás saber lo que pasa, ¿no? Someteré a interrogatorio al corso.

Marc Martel pasó su hombro bajo un sobaco de Costa.

Enlazándole por la cintura, lo levantó en vilo, dirigiéndose con él hacia la puerta.

Dos policías coloniales cruzaron sus fusiles delante de Marc.

—¡Dejen paso! —ordenó el cabo.

—Luego iré a informar al Alto Comisario —dijo Gustave Martel, saliendo tras su hermano.

Le vio entrar en un «Voisin», de cinco plazas y dos estrapontines plegables, en cuyo asiento delantero, junto al volante, depositó al desmadejado Costa.

Sentándose en el confortable espacio posterior, preguntó el capitán:

—Este cacharro de lujo ¿es tuyo, bribón?

—Es de Tonio.

—¿Dónde vamos ahora?

—A un rincón tranquilo y rústico, donde con los faros trataré de hacerle explicar a Tonio por qué me tiene tanta ojeriza. Me interesa que le oigas. Yo soy como soy, Gugus, pero nunca hago canalladas. ¿Te consta, no?

—Me lo tengo archisabido, hermano.

—¿Te diste cuenta cómo manejo las pezuñas? Veraneé con un circo. Un luchador que se las sabía todas me enseñó trucos muy sanos.

—Eres un discípulo muy aplicado de ciencias diversas, Marc. Pero casi era una insensatez provocar a siete matones.

—No fui yo quien provoqué, sino ellos. Estuviste presente, ¿no?

Por el espejo retrovisor guiñó Marc. Su hermano se retrepó en el mullido asiento, intentando adoptar una expresión de severo reproche.

No lo consiguió. Y su sonrisa produjo en Marc Heliotrop un íntimo regocijo afectuoso.

CUATRO

Tonio Costa se frotó los párpados y sacudió la cabeza. Le resultaba incomprensible verse sentado sobre la hierba, en aquel sendero boscoso, iluminado por una luz irreal, fantasmagórica.

Vio cerca la silueta de su coche, cuyos focos eran los que le iluminaban. Bizqueó alarmado al ver también muy cerca, demasiado, dos zapatillas blancas, de tenis. Decían que era un deporte de caballeros.

Pero dentro de aquel calzado estaba desgraciadamente Marc Heliotrop. Que le contemplaba sonriente, sin la menor cordialidad.

—Hola, Tonio. ¿Dormiste a gusto? Ahora, límpiate la boca, porque vas a contarme los secretitos de tu corazón. No te escarbes los bolsillos con disimulo, porque no te he dejado ni un mondadientes. En pie, Tonio.

Tras los faros se reclinaba Gustave Martel, invisible para el corso, que se puso en pie, simulando costarle mucho trabajo el esfuerzo de levantarse.

Lanzóse expertamente hacia delante en estirada horizontal, aprisionando entre sus anchas manos las muñecas de Marc. La segunda fase del ataque era cabecear.

Pero Heliotrop dejóse caer de espaldas. Y conocedor de lo que le esperaba, por su práctica en marrullerías de *ring*, Costa soltó las muñecas adversarias para no ser atraído hacia el suelo.

Lo que no previno fueron los dos pies que levantándose en arco por el estómago le proyectaron por encima, obligándole a prolongar su estirada.

Tonio Costa quedó con el mentón contra el suelo, arrodillado, dispuesto a revolverse. Pero a sus espaldas, Marc le asía, de las muñecas, alzándole los brazos.

Gruñendo dolorido, el corso aplicó la frente en el suelo, intentando contorsionarse a un lado. Las rodillas de Marc se hincaban, impidiéndole todo movimiento.

—Vas a decirme por qué viniste a buscarme con siete socios tuyos. Dispuesto a ir liquidando pacíficos comensales si no te decían dónde estaba yo.

Costa imprecó quejoso, empapada la frente en sudor al que se adherían briznas de hierba.

—Tu digno silencio te hará crujir las clavículas. Duele horrores, Tonio. ¿Por qué querías atraparme vivo? Habla tranquilo. Estamos solos.

—No sé… de qué me hablas… —gimió Costa, acobardado.

Estaba ya convencido que no tenía escape. La presa era un cepo.

—Le tienes poco cariño a tus puercos huesos, Tomo.

Apalancó Martel los tensos brazos ajenos. Un leve chasquido muscular agolpó lagrimones de sufrimiento en los ojos del corso. Sus omóplatos formaban un ángulo que parecían querer taladrar el tejido de su camisa.

—¡Afloja, Marc! Te explicaré… Voy a hablar…

—Veamos.

—A bordo de tu barco venía un amigo que me traía un paquete. Y tú se lo birlaste.

—Confieso que es escandaloso, pero lo admito, ya que no hay oídos indiscretos. Y a propósito, ¿si sabías que yo te robé el paquete, por qué no fuiste a la policía a denunciarme?

—Bien sabes que no soy un chivato, hombre.

—Tanta generosidad me abruma. Repito, y no hay tercera, ¿por qué no me denunciaste?

—Sabes… Sabes lo que contiene el paquete. Te daré diez de los grandes si me lo devuelves.

—Vendido a precio de saldo me darán cien mil.

—Es tráfico de drogas, Heliotrop. No podrás vender. Y si te pillan, te envían a presidio por catorce tacos.

—Y tú, con grandeza de alma, quieres correr el riesgo en mi lugar, ¿no?

Marc Martel se levantó. Costa siguió tendido, inmovilizado por el entumecimiento. Un poco después comprendió por qué seguía sin poder moverse.

Fue al verse atado de muñecas, codos y tobillos en el interior de su propio coche, conducido por Marc Heliotrop, que manifestó:

—Se me olvidaba de efectuar las presentaciones, Tonio. Este caballero, que lo es, aunque sea de la policía militar, es el capitán Gustave Martel.

Costa miró con rencor al que sentado a su lado permaneció impasible.

—¿Dónde le dejo la carga, mi capitán? —sonrió Marc Martel.

Dio el capitán la dirección de la comisaría colonial.

Cuando Marc detuvo el coche ante la puerta del Alto Comisariado, se quedó al volante. Fue Gustave Martel el que condujo a Costa al interior. Cuando volvió a salir sentóse junto a su hermano.

—¿Dónde vamos ahora, capi?

—Paseando por la Corniche. Se disfrutan preciosas vistas marinas nocturnas. No pases de cincuenta por hora.

—A la orden. ¿Viste cómo casi serviría para ayudante de interrogatorios? Todo quedó resuelto.

Encendió Gustave el cigarrillo que entre los labios acababa de ponerle a su hermano. Y dijo secamente:

—No.

—¿Cómo qué, no?

—No quedó todo resuelto.

—Eres un ansioso. Te entrego una pandilla completa, te van a dar una medalla y una estampita. Y no estás satisfecho.

—El paquete.

—¿Qué paquete?

—El que le rapiñaste a Tonio.

—No se lo afané a él, sino al que iba a entregárselo. Me di cuenta que había algo sucio en los manejos de aquel perdulario…

—El paquete.

—Ah, sí, claro, el paquete. Lo tiré al mar. Comprenderás que no iba yo a comprometer mi buena reputación con…

—El paquete.

—¡Joroba! ¿Es que no sabes decir otra cosa?

—Las primeras mentiras te las cacé cuando eras un mocoso, bribón. Engañarás a quien te propongas, pero nunca a mí.

—Me estás buscando la ruina. Y me está bien empleado, por

haberte seleccionado por hermano, habiendo por ahí tantos que con gran avidez hubiesen querido ser hermanos del invencible Heliotrop. El paquete, ¿no?

—Y sin más trolas, ¿estamos?

—Si fueras otro, trataría de sobornarte. Bueno, el caso es, señor capi, que rodé por la pendiente del delito. Me he hundido en el abismo sin fondo del…

—No vamos por la Corniche. Ésta es otra avenida.

—Te llevo a otro sitio. Vamos a ver si nos entendemos, ¿no? ¿Quieres saber dónde fue a parar el paquete, o respirar la brisa marina?

Detuvo en brusco frenazo. Apoyado el codo sobre el volante, señaló con el pulgar a la izquierda. Un gran jardín y un edificio blanco.

—Ahí está el dichoso paquete, capi.

—Oye, Marc, tú sabes que no quisiera tener que hablarte así. Pero recapacita, y piensa en las desgraciadas víctimas de este horrible vicio. Los estupefacientes que contiene el paquete pueden ser la causa de la ruina de muchas familias, y…

—Oye, Gugus, tú sabes que no quisiera tener que mandarte al cuerno. Entra ahí dentro y pregunta por el doctor Durand.

Bajando del coche, Gustave Martél se internó por el jardín, cuya verja estaba abierta. Subió una escalinata y leyó sobre el arco del dintel:

«Clínica Francosenegalesa».

Un enfermero acudió.

—¿El doctor Durand?

En un despacho, un jovial doctor le indicó un sillón, dijo llamarse Durand, y le miró interrogante.

—Es a propósito de un paquete conteniendo estupefacientes…

—¡Ah! ¿Es usted periodista? ¿Se ha enterado ya? —Y riendo jubiloso, añadió el médico—: Sí, este mediodía llegó a mis manos un paquete por conducto misterioso. Estaba sobre mi mesa, a mi nombre. Contenía opio, hachich y kif, por un valor aproximado de dos millones.

Frotándose las manos, agregó Durand:

—Todo el personal de la clínica está alborotado. Comprenda que, para nosotros, que en realidad disponemos de pocos ingresos, la venta de esta droga a una clínica de lujo, donde las emplearán para remediar el sufrimiento humano, nos suponen cien camas más.

—Me gustaría poder publicar el nombre del generoso donante.

Una expresión apenada invadió por un instante el rostro del doctor.

—También lo quisiéramos nosotros, porque es excepcional la generosidad anónima. Pero con el paquete, solamente venía esta nota.

Tendió un naipe. El as de trébol. En su dorso, escrito con gruesos trazos, decía:

«He sabido que usted es un filántropo sin fondos.
Esto le alegrará. Y para mí, cien años de perdón».

—Una ironía genial —comentó Durand, satisfecho. Aproximándose al «Voisin», una ancha sonrisa dilataba la faz severa del capitán. Sentóse junto al que silbaba entre dientes, aspirando su heliotropo.

—Gracias, Marc, de veras, de todo corazón —dijo el capitán Martel, palmoteando cariñosamente la nuca de su hermano.

—Ah, pero ¿tú tomas opio ahora?

—Estuvo genial eso de quien roba a un ladrón, ¿eh?…

—Según el refrán se gana cien años de paz espiritual. Cuando acabes de masajearme el cogote, me dirás dónde vamos ahora.

—A devolver este coche. En comisaría.

—¿Y después, dónde iremos?

—Al norte de África. Más exactamente, al desierto tunecino.

Pestañeó Marc Martel. Mientras ponía el coche en marcha, afirmó:

—A mí no se me ha perdido nada por aquel desierto.

—Me han confiado una misión especialísima, Marc. Y tú eres el único, el que necesito, aquél con cuya ayuda tal vez triunfaré.

—Triunfarás sin mi ayuda, como hasta hoy, Gugus. Además, ya sabes qué no tengo vocación de polizonte y menos de polizonte militar.

—Del buen resultado de mi misión dependen miles de vidas, Marc.

Marc miró de soslayo a su hermano. Le adivinó anhelante, deseoso de convencerle.

—Bueno, al fin y al cabo, me empezaba a aburrir la navegación a vela. ¿Qué se te perdió a ti por el desierto tunecino?

En la Legión Extranjera se han infiltrado elementos agitadores. Agentes al servicio alemán, que tratan de soliviantar los ánimos. Operan a la vez dentro de las filas de la Legión, y tratando de levantar en rebeldía a tribus tunecinas.

—Ya. Y quieres ir a interrogar a los jefazos legionarios.

—No puede ser. Una norma del reglamento legionario es que cualquiera que vista este uniforme ya no tiene pasado. Y no permiten indagaciones.

—No pretenderás enrolarte en la Legión, simplemente para husmear.

—No puedo. La edad límite es la de treinta y cinco. Cumplí cuarenta y dos.

—Entonces, ¿qué has pensado?

—Que te enroles tú.

—¡Joroba!

Rectificó Marc el giro del volante. Mientras conducía a poca velocidad por la amplia avenida bordeando el mar, rió suavemente:

—Escucha, capí… El Creador habló de hermanos, pero nunca dijo nada referente a primos.

—Me disgusta el tono cínico que empleas para un asunto tan grave.

—No te enojes. Te consta que mi carácter no es el apropiado para someterme a la rígida disciplina que impera en esta banda de desesperados con uniforme llamada Legión. Claro, bien mirado, probar no cuesta nada.

—Sigue divirtiéndote hacerme rabiar. Tú sabes que si te he pedido que me ayudes…

—Es porque para algo somos hermanos, ¿no? Bueno, ya me has metido en el berenjenal. Me enrolaré, y procuraré aguantar algún tiempo. Nada de tres años. Cuando me harte, me largo.

—Tenemos que actuar con rapidez. Conseguiré que te alisten en la compañía donde está el hombre que busco. El hombre que estoy

seguro que hoy también, después de veinte años, sigue al servicio de los alemanes.

—Bastaría acecharlo, y sin necesidad de meterme yo a jugar a soldaditos, le damos caza y le interrogamos.

—La lucha que vamos a emprender no es contra hampones conocidos. Es una lucha sórdida, entre una complicada maraña de tenebrosidad. Tal vez convenga atrapar al hombre que busco. Llegado el momento, tú lo atraerás. Me conviene que te ganes su amistad. Cosa difícil, porque el sargento León Lesurc nunca ha tenido un amigo. En la misma Legión le apodan «Malasaña».

—Esto se pone interesante. Aunque eso de engañar a un tipo que se juega la piel a diario, por más que se apode «Malasaña», no acaba de gustarme.

—Por esto mismo, has de saber lo que hizo este sujeto que hoy apodan «Malasaña». Hace veinte años era traductor en el Ministerio de la Guerra. Faltaron unos documentos. Su esposa apareció muerta de un balazo en la frente. En la cama de un hospital. El la había asesinado.

—A lo mejor, era ella una harpía.

—Era una mujer bondadosa y sencilla. Su hija, un crío de tres meses, apareció muerta de frío en las riberas del Sena.

—Valiente bestia el tipo ése.

—Aquel miserable espía, que no vaciló en matar a dos seres inocentes, se llamaba por entonces Abel Vigan. Huyó. Cierto día, examinando copias de recluta legionaria en Le Havre, encontré indicios que me demostraron que el hombre que dijo llamarse León Lesurc era Abel Vigan, Y tengo la seguridad de que hoy como entonces, sigue vendiendo secretos de guerra al enemigo.

—Todo un angelito.

—Deberías estudiar el mejor modo de ganarte si no su amistad, sí por lo menos su confianza relativa. Lo puedes conseguir, porque eres inteligente, y tienes aspecto de bribón simpático. Allá nos iremos viendo, y te explicaré, según convenga, lo que deberás hacer.

—Me has convencido. Todo suyo, mi capi.

—Te prevengo que toda precaución será poca. Nunca se sabe con quién se trata cuando de por medio hay traidores al servicio enemigo. Constantemente acecha la muerte, y donde menos se

espera…

—Cuéntame uno de miedo, ahora. No me mires así, hombre. Ya me iré poniendo serio durante el viaje. De golpe y porrazo no vas a convertirme en solapado, tenebroso y discreto.

—Conviene que te hagas, cargo de todo el peligro que te aguarda.

—Me hago cargo ya de que no tendrá nada de alegre bromista este sargento Lesurc, que se ganó entre los cafres legionarios, el dulce apodo de «Malasaña».

CINCO

El ansia de embrutecerse, de dejar de pensar, de acabar con su condena a vida, con la cual Abel Vigan ingresó en 1822 en la Legión Extranjera, fue interpretada como valor sombrío y desesperado del legionario León Lesurc.

En las más agotadoras marchas por la jungla indochina caminaba ceñudo sin nunca quejarse. Cuando los demás maldecían, el legionario Lesurc se mordía los labios y seguía avanzando.

Miraba con fijeza ante él. Y su bayoneta penetraba en cuerpos humanos con el ritmo de un segador que trabajaba de sol a sol, estólidamente, sin reflexionar.

Terminó la campaña de pacificación indochina. Nadie vio nunca sonreír una sola vez a León Lesurc.

Unas tribus saharianas al sur de Argel emprendieron una guerra santa con fanatismo bárbaro. Varias Banderas legionarias fueron diezmadas. Dominada la rebelión, un coronel fue condecorando a los supervivientes más distinguidos en el campo del honor.

Colocó en la guerrera de León Lesurc la medalla individual al valor, tras darle la «accolade» de ritual. El abrazo y el beso en la mejilla. Pensó que aquel valiente era el clásico tipo de antipático desesperado. Un hombre sin corazón ni sentimientos.

Pasaron los años. El semblante del juvenil y pacífico Abel Vigan se había convertido en un rostro como tallado a hachazos en madera, donde los ojos carecían totalmente de expresión.

Unos ojos mortecinos, sin vida, que impresionaban a los más endurecidos. Le nombraron cabo del pelotón de castigo.

Al sexto reenganche, el cabo Lesura fue ascendido a sargento. Había ganado otras dos condecoraciones, por acciones destacadas e individuales en ataques a posiciones árabes.

Y era generalmente conocido por «Malasaña».

Cuantos intentaron entablar conversaciones amistosas con él, abandonaron la idea. Un subteniente, después del fracasado intento, afirmó:

—Es un caso único. Este animal le mira a uno como si fuera a estrangularle.

Pero sus superiores le encomendaron misiones da confianza, porque el sargento Lesurc obedecía y cumplía como una máquina destructora.

El 27 de octubre de 1951, el sargento Lesurc estaba de regreso de una incursión al desierto. Habían salido treinta legionarios, seis cabos, dos sargentos y un oficial.

Regresaron siete legionarios y el sargento Lesurc.

La Bandera a la cual pertenecía Lesurc se hallaba destacada en Biskra, el poblado argelino cercano a la frontera de Túnez.

Se habían retirado de Gafsa, cercana al oasis de Nefta, ante el avance italo-germano.

Biskra era un conglomerado de aduares y zocos, rodeando la antiquísima fortaleza donde se acuartelaba la 15.º Bandera.

León Lesurc fue a dar la novedad. Escuetamente. Anunciando que la partida de rebeldes había sido exterminada después de tres jornadas completas de combate de guerrilla.

Fue característica suya la manera de reseñar las muertes, anteponiendo la pérdida de las ocho monturas, dromedarios, a las bajas definitivas del oficial, sargentos, cabos y veintitrés números.

Le notificaron que habían ingresado tres díscolos. Calificaban así a los nuevos enrolados, que tras las primeras enseñanzas de disciplina, manifestaban tendencia a insolentarse.

León Lesurc se dirigió al patio, reluciente de blancura, donde en el centro, expuestos al crudo sol, se alineaban tres hombres vestidos aún con ropa de paisano.

Marc Martel aspiraba su marchito manojito de heliotropes. Los últimos que pudo conseguir en Argel.

Y contemplaba al individuo que se acercaba, detallando su uniforme de blancas alpargatas tobilleras, anchos y blancos pantalones, guerrera azul, gorra teresiana con tapanucas, y galón de suboficial.

Veía a un hombre de mediana estatura, delgado, pero dando

impresión de fuerza incansable. Un rostro siniestro, donde los ojos daban inmediatamente la sensación de pertenecer a una bestia implacable, sanguinaria, inhumana.

Al aproximarse Lesurc, el cabo vociferó:

—¡Aten… ción! ¡Fir… mes!

Lesurc se quitó la teresiana. Apareció su cráneo pelado al cero. Sacó del forro de la gorra un papel doblado. Lo desdobló para pasar lista.

—Legionario Ortiz, Manuel.

—¡Presente!

—Legionario Preto, Joao.

—¡Presente!

—Legionario Heliotrop, Marc.

—Ése soy yo.

León Lesurc contempló al tercer recluta. No escaseaban los rostros descarados por todos los campamentos. Pero el de aquel individuo lo era excesivamente.

El cabo gruñó entre dientes:

—Contesta como los demás, alcornoque. ¡Contesta!

—Sin avasallar —manifestó Marc Martel, sonriente—. Los buenos modales a nadie perjudican, pedazo de atún.

—Lleve a los otros dos, cabo. Al ropero, y al pelotón de práctica.

El cabo se fue con el portugués y el español.

León Lesurc colocóse la teresiana. Cruzó las manos a la espalda, palmeándose el dorso de una contra la palma de la otra.

—¿Tu nombre?

—Marc Heliotrop. Pero puede llamarme Helio.

—¿De qué presidio escapaste?

—Ahí sí que tendrá usted que ilustrarme.

—Atiende un consejo, parisino. Si quieres que te rompan los huesos y te borren la sonrisa a patadas, sigue desafiando. Aquí se acabaron las personalidades. Eres un soldado más, un número, un cero a la izquierda, un don nadie, y el tono de Lesurc era inalterable, trivial, monótono.

—¡Vaya panorama! ¿Algo más?

—Cuando un superior te habla, juntas los tacones, aplicas las manos a la costura exterior del calzón, y miras por encima de la cabeza, del que te habla. Le das su grado. No preguntas. Te limitas a

contestar siempre afirmativamente, y cumplir lo ordenado. ¿Qué edad tienes?

—Contesto que sí, sargento. Cumplo. Pegados los tacones, agarrándome los calzones y ojos en blanco elevados al azul celeste.

León Lesurc se limitó a emitir un corto silbido. Apareció corriendo un cabo árabe.

—Harud, mañana pasaré revista. Llévate a este tunante al pelotón cuatro.

Devolviendo el rígido saludo, se alejó Lesurc. El cabo árabe llevaba una fusta que hizo oscilar, invitando:

—Vamos, bebé.

—¿Dónde, nodriza?

—Te romperé la crisma si vuelves a contestarme con insolencia. ¿Dónde te has creído que estás, cacho de cretino?

—Oye, hablas un francés estupendo, cabo.

—¡Mi cabo! Así es como has de contestarme. He domado las cabezas más calientes de la escoria internacional. ¡De frente! ¡Marr…!

Marc Martel se dirigió hacia donde señalaba la fusta del cabo Harud. Ya había cumplido el primer consejo de su hermano.

«Compórtate descaradamente, pero sin exageración. Cuando hayas logrado pertenecer al pelotón de castigo, ya estarás en contacto directo con “Malasaña”. Y entonces, demuestra disciplina».

El pelotón cuarto trabajaba entre alambradas de espinos, abriendo zanjas. Desnudos de cintura arriba, llevando atado a la espalda un saco de arena, con un peso aproximado a los cuarenta kilos.

El saco estaba atado con soga, que rodeaba pecho y cintura. No llevaban más que el pantalón blanco.

—Una pala y un pantalón para el señor —pidió el cabo Harud ante una caseta junto a la entrada del recinto alambrado.

Poco después, Marc Martel vistiendo solamente un pantalón de dril que le venía ancho y corto, penetró en el campo alambrado, llevando una pala al hombro.

Dos mejaristas argelinos paseaban a lo largo de la zanja, fusil en banderola. Cubrían sus cráneos rapados con el tarbo rojo de los jinetes camelleros.

El cabo Harud señaló el interior de la zanja, en su extremo.

—Ahí tienes sitio para ejercitar la musculatura, borrico. ¿Cuál es tu nombre?

—Helio, para servirle, mi cabo.

—Vas progresando. ¡Arrea con la pala! Y contra el suelo, tunante. En silencio, tres metros de fosa. Media palabra, y seis metros.

A las dos horas le escocían las palmas y un baño de vapor humeaba por toda su anatomía. No le habían añadido el saco de castigo. Sintió algo parecido a compasión por los otros tres castigados.

Sonó un silbato, y los tres saltaron arriba de la zanja, imitados por Martel. Se alinearon portando la pala como si fuera un fusil.

Uno de los mejaristas chilló con voz afeminada, estridente:

—¡Aquí, pronto, aquí!

Los cuatro castigados se encaminaron hacia el barracón con dos ventanas enrejadas. Se tendieron boca abajo, jadeando. Uno de ellos, bizco y fornido, anunció cavernosamente:

—A ése me lo cargaré a la primera ocasión que se presente. Cuando nos envíen de excursión por las dunas. ¡«Pac-cúm»! Un simple zumbido de plomo, y adiós «Malasaña».

—Calla, Grymko —dijo otro, mirando de soslayo hacia Martel—. Hay orejas que pueden ser de chivato.

—Las tuyas tal vez —sonrió Martel.

El llamado Grymko miró hacia el nuevo recluta.

—A. ti no te pusieron saco.

—Amables que son conmigo. Me llamo Heliotrop, y al que me llame chivato le agrietaré la boca y contornos.

—Mal genio y exhibición de agallas. No nos fastidies, hombre. ¿Tienes ganas de pelear?

—Lo que tengo es hambre y sed de verdades, palominos. Por mí, ya podéis escabechar a toda la manada de sargentos, pero sin insultarme. ¡Hombre, tú has progresado aprisa! ¿No eres Ortiz, Manuel?

—El mismito. Un cabo africano me quiso dar un fustazo y le largué una coz. Claro que juré que fue sin querer, porque soy muy nervioso, y cuando me tocan se me disparan las piernas.

Rieron los otros dos, y agregó el andaluz:

—He estado tres años en un batallón disciplinario africano. No

es aquí donde van a enseñarme nada nuevo. Podemos presentarnos ya, compinches. Yo soy Ortiz. Nací con mala estrella. Éste es Marc Heliotrop. Les tomó el pelo al cabo Harud y a «Malasaña». Es un tipo duro.

Los otros dos miraron cordialmente al duro.

—Yo soy Casimir Grymko, polaco —dijo el bizco—. Dos reenganches. Un balazo de refilón me torció la mirada. Y para embellecerme, «Malasaña» me atizó un puñetazo en el ojo sano. Ya no se ve el morado. Tuve que decir lo de siempre. Que me tropecé con el mango de una pala.

—Nos pierde la honradez —aseguró Ortfz—. ¿Qué motivó la divergencia de opiniones con «Malasaña»?

—En las letrinas de la enfermería discutimos a solas. Me dijo que yo no tenía cólico, sino que me lo provoqué para no salir con él de descubierta, en la última expedición. Y convenció al medicastro. Por eso me endilgaron dos semanas de pelotón cuarto. Pero me las pagará el muy guarro.

Un mejarista entró llevando un cazo y un cubo. Coles con agua. Se marchó tras chillar alegremente:

—¡Buen apetito!

El castigado que no se había presentado, fue a recoger cucharones de madera que arrojó a sus tres compañeros de calabozo.

—Cucharada y paso atrás, compadres —rió Ortiz.

Cada uno tomaba una cucharada de coles, y otra de agua, alternativamente y por orden de antigüedad. Primero Grymko, después el rubio que no se había presentado, y por último Ortiz y Martel.

—Llena la panza —anunció guturalmente el rubio—. Fermenta como si fuera cerveza. Me gustaría, pero mucho una buena «Pilsen» helada, con su corona de espuma y una salchicha con chucrut.

—Y a la Marika Rok rascándote el cogote —rió el polaco aludiendo a la estrella de moda—. Eres un soñador, Wilhelm. Este berlinés se vino aquí para huir de la quema, porque le zumbó a un oficial. Ahora podría estar en Túnez, conquistando odaliscas. No aguantó en las Panzern, y ahora así le luce el pelo.

—Lo que pasa es que se acoquina uno —sentenció doctoralmente el alemán—. Y se queda. Y aguanta. Y le baila el

agua a «Malasaña».

—Tenemos una hora de siesta. El que quiera charlar, por los bajines. Yo ronco —declaró Ortiz.

También Martel fingió dormir. El polaco y el alemán se tendieron el uno al lado del otro, apartados, hablando en voz baja.

Por la tarde, cuatro horas más a pleno sol, de excavaciones. Por la noche, Grymko y Wilhelm se habían ganado un extra.

Corrieron dando vueltas al barracón por espacio de una hora, bajo la mirada vigilante y zumbona del cabo Harud.

Antes de echarse a dormir comentó Ortiz:

—Esos dos que galopan no me gustan. No son flamencos.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Martel.

—Que no son como tú y yo, aventureros limpios, sin trastienda. Se les ve algo extraño. En fin, que cada quisque se coma su pan con su pringue.

Al amanecer vibró la cometa, despertando a los que dormían pesadamente. A las once, Wilhelm se desplomó desvanecido en la zanja. El cabo Harud empleó un procedimiento especial para reanimarlo.

Por la desnuda planta de los pies del alemán pasó el filo de una pala. Le iba diciendo:

—Levanta, gandul. Hay revista.

Cuando llegó León Lesurc, los cuatro castigados estaban en posición de firmes al borde de la zanja. Les miró detenidamente. Señaló a Wilhelm.

—Tiene las plantas de los pies arañadas. ¿Por qué, cabo?

—Se echó a reposar, sin permiso, mi sargento.

—Lo tengo prohibido. Después no pueden caminar debidamente. Dos días de paga intervenidos, cabo Harud. ¡Legionario Heliotrop!

—Presente, mi sargento.

—A los otros tres, que les den el equipo completo, cabo. Que formen en el patio a la salida. Patio sur.

Se alejaron los otros tres escoltados por el cabo y los dos mejaristas. Marc Martel, rígido, abombado el torso, adheridos los brazos a los costados, miraba por encima de la cabeza de Abel Vigan.

—¿Cómo me llamo, legionario?

—Lo ignoro, mi sargento. Sólo conozco su apodo.

—¿Cuál es?

—«Malasaña», mi sargento.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta, mi sargento.

—No cumplirás treinta y uno.

Aguardó una respuesta, pero Martel siguió firmes y silencioso.

—Vas a salir de paseo con los otros tres tunantes, y ocho mejaristas, para encontrar el rastro de dos desertores. Si regresas, te elegiré otra faena selecta. A los alegres imbéciles de tu ralea, los convierto en tristes corderos o en fiambres. Lamentarás haberme conocido. Vete al barracón de vestuario. ¡Hale, hop! ¡Paso ligero!

Mientras con los puños pegados al pecho, corría Martel hacia el vestuario, un pensamiento se filtró en su mente, desconcertándole.

Había conocido seres de todas clases. Abyectos rufianes, asesinos venenosos, sádicos torturadores. «Malasaña» no pertenecía a esta trilogía.

¿Qué oculta tragedia alentaba tras los mortecinos e insensibles ojos del sargento Lesurc, que un día fue el joven Abel Vigan?

Se contempló con disgusto. La sahariana azul le venía estrecha. La teresiana le caló hasta las orejas. Las polainas le apretaban. La mochila pesaba enormemente al igual que la cantimplora blindada.

Cuando con el fusil al hombro se alineó junto a los otros tres castigados, le asombró la erguida arrogancia con la cual bajo aquel peso el menudo Manuel Ortiz levantaba el desafiante rostro.

A cada lado, montados en sus dromedarios apestosos, se alinearon dos mejaristas. A retaguardia, otros cuatro.

El cabo Harud señaló con la fusta hacia uno de los jinetes.

—Éste es Tefikra, cabo mejarista. Tiene la consigna de disparar contra el primero de vosotros que se aparte del cerco de los ocho escoltas. Le obedeceréis como a vuestro superior. ¡Marr…!

Abandonaron la fortaleza por uno de los senderos que se internaba por las dunas arenosas donde confluían las fronteras de Argelia y Túnez.

Los jinetes avanzaban monótona y rítmicamente el busto a cada zancada de los grotescos animales jibosos. La arena empezó a ofrecer resistencia a las pisadas de los que, a pie, no veían más que arena, sol, y ocho jinetes de rostro velado hasta los párpados inferiores.

Al cabo de unas tres horas, Tefikra chilló:

—¡Campo! ¡Permiso hablar!

Los cuatro legionarios se acercaron a los dromedarios que en dos grupos de a cuatro, daban sombra. Impasibles, los jinetes oteaban el horizonte.

Martel pensó en su hermano, que estaría tomando el aperitivo con hielo en el único hotel de Biskra: el «Glacier». Se humedeció los labios con el gollete de la cantimplora.

Ortiz le había advertido que el agua contenida en la cantimplora de cinco litros, tenía que durar una semana.

Sin saber por qué, un fúnebre presentimiento se apoderó de Martel. Le escocían los ojos, su garganta ardía, las plantas de sus pies estaban desolladas, y en su espalda parecía tener una plancha ardiente.

Pero su presentimiento se refería al capitán Martel. No podía precisar la razón, pero tenía ideas negras pensando en el único afecto que albergaba en su corazón.

Gustave Martel nunca había hablado de peligros. Y todo el tiempo de duración del viaje, sólo había repetido esta palabra, mezclada con tenebrosidades, nieblas y sombras al acecho.

Un mejarista emitió un grito gutural. Tendía el brazo derecho hacia un punto al este. Los legionarios sólo vieron las ondulaciones arenosas exhalando vapores de calor y luz cruda hiriente.

—¡Cuadro! —gritó Tefikra.

Los jinetes obligaron a arrodillarse a sus monturas, parapetándose tras ellas, después de hacerles formar en rectángulo. Tefikra señaló el exterior de aquel cuadro, agitando la fusta en dirección a los europeos.

—¡Avanzadilla vosotros!

Los cuatro legionarios se alinearon al exterior, rodilla en tierra. De aquel mar de arena emergió de pronto la figura de un jinete camellero, vestido de blanco.

Otros le siguieron. En el horizonte se dibujó la hilera de una veintena de jinetes cuyas monturas movían con su característico desdén el largo cuello.

—No pierden el tiempo en la empresa, Helio —comentó el andaluz—. Al segundo día de paga, ya te dan trabajo. ¡Caray! ¡Una tortuga!

Mirando el tanque-oruga que cabeceaba pesadamente coronado por la torreta artillera, los labios de Manuel Ortiz iniciaron una plegaria pintoresca, pero sincera.

Marc Martel rezongó indignado:

—Me quejaré a la superioridad por suministro defectuoso. Lo menos que podían hacer es darnos media docena de granadas de mano por barba.

—Somos exploradores, no atacantes. Eso dicen —canturreó Ortiz.

El tanque seguía avanzando con crujidos de su cinta giratoria. Otro apareció en la cima de la duna, manteniéndose unos instantes en equilibrio sobre el declive.

Tefikra gritó algo en su dialecto. Con la punta de sus gumías, el incurvado puñal, los argelinos obligaron a incorporarse a sus dromedarios.

—La cruz gamada, compadres —anunció Grymko señalando los tanques.

—¡La luna de la jindama, maldita sea su estampa! —imprecó Ortiz—. ¡Las garrapiñadas se las piran!

Los ocho mejaristas, a toda velocidad de sus monturas, huían.

Los dos tanques siguieron avanzando pesadamente. A retaguardia, los camelleros tunecinos se dividieron en dos grupos. Uno salió en persecución de los fugitivos argelinos.

El otro grupo avanzó al galope haciendo girar por encima de sus cabezas los largos fusiles.

—Ahora, mandas tú, polaco —manifestó Ortiz—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? Rendirnos. ¿Vamos a luchar contra dos tanques y diez beduinos?

Levantándose, tiró el fusil, alzando los brazos. Corrió hacia uno de los tanques, hablando en alemán, a gritos.

Wilhelm comentó, sin moverse:

—Creo que tiene razón.

Martel miró al español, que, a su vez, se encogió de hombros:

—¿Qué más da, Helio? Franceses, alemanes, italianos o berberiscos, tanto da. Resistir es inútil. La pajolera verdad es que nos han copado.

Martel maldijo íntimamente aquel contratiempo. Había quedado

citado con su hermano para el próximo viernes. Era martes. Las fuerzas alemanas los estaban rodeando para llevarles a un destino completamente imprevisible.

Con optimismo, meditó que escapar era lo de menos.

A través de tanto desierto, lo difícil sería comunicar con el capitán Martel, que en aquellos momentos estaría muy lejos de imaginarse lo que ocurría en aquel sector infernalmente caluroso, donde dos tanques con la cruz gamada chirriaban en su metódico avance.

SEIS

En la terraza del «Glacier», Gustave Martel, vestido de fresco dril blanco y cubierto con un salacot ligero, de corcho, meditaba en la exactitud de la tan vulgarizada fórmula económica: «La rareza o escasez de una mercancía determina su valor variable».

Hasta entonces, para él, el agua fue un líquido incoloro e insípido, que abundaba en inmensas cantidades con sólo abrir un grifo. Ahora comprendía que el agua, allí, era un elemento de gran valor.

Sería la causa de que se entablasen pronto sangrientos combates en el desierto tunecino.

Meditó también en la afluencia de individuos de todas las nacionalidades por las apretadas calles de Biskra. Posiblemente oportunistas y negociantes turbios, pescadores en aguas revueltas.

¿A qué clase pertenecería el desconocido que pidiendo cortésmente permiso, acababa de sentarse a su lado? La terraza estaba muy concurrida. Eran muchos los que, sin conocerse, sentábanse en la misma mesa.

El desconocido podía ser un viajante de comercio, un tratante en blancas, un científico, o un agente secreto alemán. Era la hora del almuerzo.

Martel apuró su vermut ya entibiado, y dobló el periódico argelino, cuyas noticias demostraban que la situación en África del Norte era caótica y confusa.

—Me excusará, señor, si le dirijo la palabra sin haberle sido presentado —dijo súbitamente su vecino, en correcto francés, pero con leve acento sajón—. El gerente del hotel me colocó en su mesa, señor. Me llamo Harvey Mallory. Soy representante de una firma inglesa de maquinaria hidráulica.

—Encantado. Me llamo Martel, Gustave. Viajante en ferretería. Indudablemente, por estas latitudes, su maquinaria para aflorar agua será muy solicitada. Pensaba ya entrar en el comedor, que estará más fresco.

—Iba yo a hacer lo mismo.

Levantóse Martel, y en el comedor un camarero señaló una mesita. No era la misma donde había comido el día anterior. Ésta se hallaba casi aislada entre dos columnas.

—Me tomé la libertad de elegir esta mesa. Las conversaciones ajenas no nos molestarán —dijo Mallory.

Los ojos del representante en maquinaria hidráulica semejaban dos pedazos de mármol gris. Consultada la carta, y encargado el menú, indagó Martel:

—¿Es su primer viaje a Biskra?

—En efecto. Mi casa me envió, ya que al parecer será importantísimo surtir de maquinaria los oasis cercanos al gran lago de Tezour.

—¿Tezour?

—En el desierto tunecino, al sur, que sigue aún, siendo tierra de nadie. ¿Conoce el mapa de Túnez, señor Martel?

En la cercana pared colgaba un mural en relieve de Argelia y Túnez.

—Lo tenemos a la vista.

—Vea el puerto de Gabes. Internándose en línea recta se llega al gran lago, por cuyos alrededores, perforando, pueden obtenerse pozos con buena reserva de agua. Este triángulo formado por el puerto de Gabes, Tezour y el vértice de Gafsa, es sin duda alguna, una zona muy codiciada.

—¿Por qué?

—Todo el mundo se siente hoy estratega de café. Con una mesa por campo de operaciones. No podemos predecir ninguna batalla, pero sí podemos atinar en detalles lógicos. Para maniobrar en el desierto, ¿qué arma es la más urgente y preciosa?

Martel bebió su vaso de agua, y afirmó Mallory:

—Exacto. Un combatiente resistirá tres días sin comer, pero no aguantará doce horas sin beber. Por lo tanto,' el ejército que se asegure las bases de este triángulo Gabes-Tezour-Gafsa, podrá maniobrar con éxito anticipado por todo el desierto meridional

tunecino y argelino.

—Posiblemente así será.

—Otros también se han dado cuenta. Se insiste en un rumor. Los británicos atacarán Túnez, seguramente por Gabes, procurando extenderse hasta el gran lago, formando así un triángulo de retaguardia con el vértice en Gafsa. ¿Usted qué opina?

—La estrategia bélica y la política de guerra han sido siempre para mí, un lenguaje incomprensible.

—Es usted muy modesto, capitán Martel. No se asombre. Pude decírselo antes, pero había oídos alrededor. Y si averiguasen que es usted un oficial del Segundo Despacho, disidente de Vichy, habría muchos personajes por Biskra que intentarían eliminarle.

—Al abandonar París, proclamé mi decisión de abstenerme de toda injerencia en el conflicto. Considéreme absolutamente neutral.

—Tardafán en traernos las truchas que pedimos. ¿Podría honrarme con un gran favor?

—Depende.

—En este rincón confidencial, convendría que no me mirase con recelo.

—En estos instantes, señor, lo que miro con recelo es la tardanza en saciar mi apetito.

—Supongo que anulará su desconfianza natural, esta filigrana.

Mallory con el cuchillo fue dibujando sobre el mantel. Cinco letras mayúsculas. Las repitió en orden inverso. Sobre el mantel, apenas una era dibujada, la siguiente la borraba.

«I… D… O… B… S…».

Martel siguió imperturbable. Pese a que aquellas cinco letras formaban la contraseña por la cual los agentes de los tres servicios secretos operando en el Norte de África se reconocían entre ellos.

Se lo había explicado a su hermano:

—Iniciales de los tres espionajes aliados: «Intelligence Service», «Deuxiéme Bureau» y el norteamericano «Office Strategical Service», seguidas por la única que no coincide, y por último la que se repite en dos. No debe formularse verbalmente, sino con un dibujo que no deje rastro. En el aire, en la arena, en el suelo con la punta de un bastón, en un mantel.

Mallory soltó el cuchillo. Comentó:

—En Biskra muchos darían una fortuna por conocer este anagrama. Le consta que no puedo ser un enemigo, por cuanto apenas se supiera que la clave está en manos rivales, tendría usted una rápida notificación. Pero no importa que siga desconfiando. No vengo a preguntarle, sino a exponerle algo que le interesará.

—De por sí, es muy interesante su charla, Mallory.

—Hace algún tiempo, la Legión, o mejor dicho, un alto jefe de este Cuerpo, fue informado de que interesaba que a la hora «H», fuerzas legionarias hicieran una incursión en el desierto tunecino, apoderándose del triángulo Gafsa-Tezour-Gabes. No era necesario que llegasen hasta Gabes porque esto suponía liquidar varias Banderas inútilmente. Era un plan totalmente secreto. Solamente lo conocían dicho alto jefe y el Intelligence Service.

—Y usted.

—Recientemente. Porque me han enviado para averiguar cómo pudo ser que las fuerzas alemanas en Túnez también conociesen dicho plan.

—¿Desconfía usted del alto jefe de la Legión?

—Fíjese bien. Dicho jefe es un hombre… Bueno, era un hombre que odiaba a los alemanes. Título de antigua aristocracia, y riquísimo. Adoraba a su esposa.

—Descartadas por consiguiente las tres posibles influencias que pudo imponerle el espionaje alemán: Colaboracionismo, dinero, mujer.

—Exacto. Entonces, ¿por qué entregó aquel secreto?

—¿Me lo pregunta a mí, Mallory?

—Sabemos perfectamente, Martel, que luchamos contra una organización tenebrosa. Seres de ambos sexos dispuestos a todo, que han hecho renuncia de sus vidas y que maniobran en las tinieblas. Puedo morir de un momento a otro. Mientras llegase mi sustituto enviado por Londres, usted podría seguir con mi misión.

Asintió Martel en silencio. Siguió explicando Mallory:

—El jefe que mencioné se llamaba De Rancy. Examinando una pistola, por accidente se pulverizó el cerebro.

—Un suicidio no oficial. Siempre que un militar o un cazador examinar un arma, saben cómo cogerla, y si está o no descargada. Por consiguiente, al matarse, De Rancy reconoció que había

traicionado a su patria.

—Al parecer. Pero seguía resultando incomprensible su acción. Tan incomprensible, como que aquella misma noche, su esposa apareciese muerta de un balazo en el centro de la frente, disparado por mano ajena.

Martel irguió la cabeza. ¿La esposa muerta de un balazo en el centro de la frente…? El mismo final que tuvo la esposa de Abel Vigan.

—¿Qué deducciones hizo, Mallory?

—Varias. La que más evidente parece es que fue ella la que traicionó. De Rancy, abrumado por el deshonor y la atroz desilusión de saberse engañado por su propia esposa, a la que amaba apasionadamente, se suicidó.

—Es posible. ¿Y ella, entonces, por qué fue asesinada?

—Pudo ser motivo ajeno a todo lo demás.

—Pero ¿por qué traicionó ella?

—Este punto es otro de los desconcertantes en el caso. Ella, sin falsedades, amaba de todo corazón a su esposo. ¿De qué medio, entonces, se valieron los agentes enemigos para…? Aquí vienen las truchas, Martel. Y es indudable que la tracción a flote es tanto más poderosa en los subestractos terrosos, donde la humedad…

Al irse el camarero, reanudó Mallory:

—En nuestra profesión, todo es enigmático, pero la muerte del matrimonio De Rancy supera el enigma habitual. Que él se levantase la tapa de los sesos, tiene explicación. Que a ella la mataran los mismos que de sus manos o labios recogieron el secreto de aquella operación frustrada, cabe también como medida para evitar que ella revelase la identidad del agente enlace. Pero ¿por qué, ella, también patriota indiscutible, también dueña de fortuna considerable, también enamorada, consintió?

—Hay otros medios de obligar. Un secreto del pasado, bien explotado por el servicio enemigo.

—El pasado de ambos era irreprochable. Vivían las dos familias en vecindad, y se casaron muy jóvenes. Una moral intachable. Ya sabe… Estas viejas familias francesas provincianas… ¿Qué tal la trucha?

El camarero depositaba ante ellos el segundo plato. Se fue. Dijo Martel:

—Antes citaba usted la poderosa tracción de los subestractos… Ya sé que se debió a la proximidad del camarero. Pero casualmente, aludiendo a maquinarias, tal vez ha dado usted con la solución del problema.

—No acabo de ver la posible relación.

—La máquina humana tiene también sus capas íntimas. Y la tracción… Escuche, no crea que soy un talento excepcional. Ha sido la similitud con otro caso la que de repente iluminó el misterio. Y la intachable condición de los De Rancy. Suponga por un instante, Mallory, que yo amenazo a la esposa de que mataré al marido, si ella no me obedece.

—La esposa se lo dirá al marido.

—No, porque la advertirán que esto sería condenarlo a muerte. Ella, nerviosa, temiendo por el hombre que ama, obedecerá.

—Hay un fallo. Ella ha de comprender que poco después, su marido puede enterarse.

—De momento, ella solamente ve el peligro inminente. Partimos de la base, al igual que el agente enemigo, que la esposa elegida no es de mucho intelecto. La inducen a pensar que si el secreto se revela, otros cargarán con la culpa. ¿Era de gran inteligencia la señora De Rancy?

—No. Más bien lo contrario. Pocas luces. Bordar, piano, cocina… Lo que se dice una perfecta ama de casa. Buena y sencilla, sin complicaciones cerebrales.

—¡Pobre Abel Vigan!

—Perdón, Martel. No entendí bien su exclamación.

—No conoce al hombre en el que estoy pensando. Con angustia. Porque creo que por fin he comprendido un caso que me pareció el colmo de la villanía. Y es ahora el de un pobre hombre, desesperado por la tortura de lo inexplicable, y que se ha convertido en una fiera cruel… Tendré que hablar, antes de lo que convine, con mi hermano.

Las cejas de Mallory volvieron a enarcarse, en sorpresa. Contó Martel lo referente a Marc, sin mencionar lo que se refería a «León Lesurc».

—Tiempo perdido, Martel, porque los agentes que pretendían sublevar a la Legión, fracasaron… La Legión no se vende ni a Dios ni al diablo.

—Dígame, Mallory, ¿quién fue la última persona que estuvo junto a la esposa de De Rancy?

—Su hija, que ahora está alojada en el pabellón de oficiales casados de la fortaleza de Biskra. Pero es imposible hablar con ella. Lo he intentado. Aunque escribamos las cinco letras, no tenemos acceso a las dependencias de la Legión.

—Haré que Marc lo intente. Tiene mucha aceptación entre las damas. Posiblemente, si él la ha visto, y ella no es demasiado fea, tratará de conocerla, sin detenerse en alcurnias ni rangos. Así es Marc Heliotrop.

Frunciendo el ceño, Mallory pareció pensar en voz alta al decir:

—Esta mañana partió al desierto un saldo.

—¿Cómo dice?

—Los legionarios llaman saldo, al grupo que es enviado a misiones consideradas sin retorno. Mortales de primera necesidad. Mandan a los rebeldes, a los malas cabezas, a los indisciplinados.

Martel perdió repentinamente el apetito. Preguntó con ansiedad:

—¿Sabe quiénes componían este grupo?

—Sí, porque a uno de ellos lo tenía enfilado. Un alemán que trabaja para los nazis. Y vi llegar a los cuatro legionarios, con ocho mejaristas. Descríbame a su hermano.

Lo hizo detalladamente el capitán Martel, y evasivamente replicó el británico:

—No siempre perecen los saldos. Algunos de ellos, vuelven. Además, su hermano, por lo que oigo, sabe salir ileso de los peores casos. No se desanime, Martel. Sería prematuro.

Inclinada la cabeza, contraída la garganta, Gustave Martel permaneció unos instantes como transido por una ráfaga de repentino aire helado. Murmuró:

—Nunca me lo perdonaría yo… ¡Cristo! Daría mi vida a cambio de volverle a ver…

Alzando la cabeza, añadió secamente:

—Excúseme, Mallory. A veces tenemos momentos de debilidad.

Harvey Mallory avanzó la mano para apoyarla en el hombro de su colega.

—Amigo mío… Precisamente estos momentos nos permiten conservar esperanzas en el género humano. Y créame, su hermano volverá. Es corazonada. Su hermano volverá.

SIETE

Los camelleros tunecinos rodearon a los legionarios. Los dos tanques se inmovilizaron, y en una de las tórrelas apareció un oficial alemán.

Wilhelm, cuadrándose, saludó militarmente. Después, alzando rectamente el brazo, victoreó al Führer.

El oficial saltó a tierra, mirando fijamente a Wilhelm; hizo un gesto como invitándole a acercarse. Los otros tres prisioneros se tendieron en el suelo, aprovechando la sombra de los camellos.

Junto al tanque, anunció Wilhelm:

—Agente número ocho del grupo de Robert Jarnac.

—¿Qué misión tenía?

—Intentar el sublevamiento de la 15.º Bandera. Facilité la deserción de varios. Por rencor personal del sargento Lesurc, ingresé en el pelotón de castigo. Salimos esta mañana en persecución de dos desertores. Viene conmigo el polaco Grymko, adepto fiel al Tercer Reich, señor.

—Los planes de Robert Jarnac han variado. ¿No se entrevistó con él en Biskra?

—No pude. Hace ocho días que estoy en el pelotón de castigo, señor.

—Queda desechado el proyecto de sublevar la Bandera destacada en Biskra. Las nuevas instrucciones recibidas por Jarnac radican en saber cuáles serán los próximos movimientos de la 15 Bandera, que de un día a otro atravesará la frontera, tomando parte en una operación cuya envergadura y objetivo ignoramos. ¿Su nombre?

—Wilhelm Schmidt, señor.

—Es necesario que usted regrese al campamento de Biskra.

—Sí, señor.

—Debe regresar en forma que no inspire la menor sospecha. ¿Tiene plena confianza en el polaco?

—Absoluta, señor.

—¿Los otros dos?

—No puedo fiarme de ellos. Uno es francés y el otro español.

—Suprímalos. Tome esta pistola. Si el médico militar francés examina los cuerpos, solamente debe encontrar balas alemanas en ellos. Usted y el polaco regresarán al campamento con las bajas. Incluidas las de los mejaristas. Dirá que sostuvieron combate con una patrulla alemana. Cite la ruta sur. Tan pronto sepa que la Bandera se pone en marcha, averigüe objetivo y ruta.

Ocultó Wilhelm la pistola en el bolsillo del ancho pantalón. Al abandonar la protección del tanque, vio a los camelleros tunecinos.

Traían los cadáveres de Tefikra y los otros siete, atados de través sobre el lomo de doble jiba de sus propias monturas.

Regresó Wilhelm junto a los otros tres legionarios, cuando ya el oficial, de nuevo en la torreta, daba órdenes. Los camelleros partieron al trote, abandonando la reata de monturas argelinas. Los dos tanques viraron, y poco después desaparecía la patrulla.

Marc Martel se acariciaba la nariz, pensativo. Manuel Ortiz, tras permanecer boquiabierto, exclamó jubiloso:

—¡Un milagro, viva yo! Pero, no entiendo una palabra… ¿Qué pasó?

El alemán había ya elaborado su explicación.

—El oficial del tanque era amigo mío. Nos deja libres, pero a condición de que, en el primer ataque contra sus fuerzas, nos unamos a ellas.

—Vaya… Muy generoso tu amigo —aprobó Martel—. Pero resultaba, más sencillo que nos llevasen con ellos como fuerzas ya combatientes, por narices, a su lado.

Rió Wilhelm con ruidosa jovialidad. Y dijo sentencioso:

—Esta patrulla maniobra obedeciendo órdenes secretas que no podemos conocer. Los alemanes somos muy prudentes.

—Ya comprendo ahora —aprobó Martel—. Bien entonces, ¿de vuelta al dulce hogar, no?

—Muerto Tefikra que era el que mandaba, esto es lo que nos toca hacer. Coloquemos en cada mejari dos de los muertos, y así

cada uno de nosotros podrá regresar cómodamente.

Grymko, junto con Wilhelm, se dirigió a una reata de cuatro mejaris. El alemán habló en voz baja:

—A la primera ocasión, tumba al español. Yo liquidaré al francés.

Ortiz tocó disimuladamente el codo de Martel mientras entre los dos iban trasladando los muertos, atándolos de dos en dos sobre los lomos jibosos.

—No acabo de verlo claro este asunto, Helio.

—Yo tampoco, pero por si acaso, no nos fiemos de esta pareja. Son de los que disparan por la espalda sin el menor escrúpulo. Vigila a Grymko, que yo me encargo de echarle la pupila a Wilhelm.

Grymko, como más antiguo se colocó en cabeza. Bajando el brazo rectamente, señaló hacia un punto donde tras las dunas estaba Biskra. Y pinchó el cuello del dromedario que montaba.

Cada legionario llevaba en reata uno de los animales transportando dos cadáveres. Conservaban cerrados los ojos para evitar los remolinos de arena producidos por los cascos de las monturas.

Acechaban de vez en cuando, haciéndose visera con los entre abierto dedos. El sol abrasaba. De pronto, el dromedario montado por Grymko cayó de rodillas y el polaco fingió una aparatosa caída.

Quedó entre su montura y la del alemán, que desmontando, exclamó:

—¡Seguid adelante! Yo ayudaré a Grymko.

Cansado, Manuel Ortiz se dejaba adormilar por el vaivén del trote. Despertó tardíamente, al oír el aviso de Martel:

—¡Cuidado, español!

Ya, entre la trinchera formada por los dos animales Grymko había disparado contra Ortiz. Vaciando el cargador en cinco rápidos golpes de extractor.

Marc Martel dejóse resbalar mientras con la zurda retenía la doble lazada que unía las hociqueras. Manuel Ortiz cayó hacia atrás, quedando colgante del estribo por un pie. Al no sentir el acicate, su montura se detuvo.

A una distancia de diez pasos quedaba el grupo formado por Grymko y Schmidt. Imprecó Martel:

—¡Puercos asesinos cobardes!

La bala disparada por el alemán se hincó en la piel que cubría el lomo del dromedario arrodillado tras el cual se parapetaba Martel.

—¡Rodéale, polaco! —ordenó Schmidt—. Sin prisas, por retaguardia.

El polaco se colgó lateralmente de su montura, obligándola a levantarse. Separándose de las otras tres, entre las que siguió disparando el alemán.

Martel reflexionó apresuradamente. Tenía que hacer algo y pronto. Sacando el corto machete bayoneta, cortó la cuerda que retenía dos cadáveres.

—Lo siento, Tefikra. Pero tu segunda muerte será más gloriosa.

Lo abrazó por la cintura, manteniéndolo delante de él. En pie, con el fusil asomando bajo el sobaco del muerto, dirigióse hacia Grymko.

—¡Zúmbale, Wilhelm! —gritó el polaco.

Frenéticamente, quiso imitar la acción de Martel. Pero éste, avanzando, apretó el gatillo. Las manos de Grymko se engarfiaron. Un segundo balazo le taladró la garganta.

Wilhelm Schmidt disparó, corriendo hacia un lado. El impacto hizo encogerse a Martel, que sintió un hierro ardiente lacerando su hombro.

Cayó arrodillado, soltando a Tefikra. Levantóse el alemán encañonando con precisión para rematar. De pronto, un silbido rasgó el aire. La bayoneta de Martel, vibrando, se incrustó en el pecho de Schmidt.

En estertor de muerte, apretó el alemán el gatillo. Martel, tendido en el suelo después de lanzar su bayoneta, apuntó calmosamente. El balazo rompió la frente del agente alemán.

El silencio se hizo tanto más opresivo, por cuanto en breves minutos habían repercutido constantemente los disparos con ecos prolongados.

Sentado en el suelo, Martel se abrió la sahariana y miróse con cierta aprensión el pecho. Sabía que, a veces, individuos heridos de muerte, entumecidos, creían estar heridos levemente.

La bala del alemán había penetrado en lo alto del hombro. Una herida que escocía, pero que no tendría más consecuencias que la cicatrización. Movió el brazo, primero con lentitud, y después con

energía.

Levantándose fue a palpar la sien y la carótida de Manuel Ortiz. Estaba muerto.

Al acercarse al cadáver de Grymko, Martel le asestó un furioso puntapié. Después masculló:

—Lo siento, muerto. Pero ¿qué daño te había hecho el español?

Procedió a reunir en fila a los dromedarios. Volvió a atar a Tefikra junto al otro mejarista, asegurando a los dos legionarios en otro. Y delante de su albarda sentó a Manuel Ortiz, manteniéndole abrazado.

* * *

El crepúsculo tendía una pátina gris azulada sobre la inmensa línea de arenas del horizonte en torno a Biskra.

En la ventana de su habitación del «Glacier», el capitán Gustave Martel oteaba incesantemente con los prismáticos.

Todo lo que había logrado para enterarse de la posible suerte de su hermano por quien preguntó telefónicamente, había sido una seca respuesta:

—El legionario Heliotrop está de patrulla. Podrá verlo reglamentariamente a su regreso, en su salida libre de seis a nueve.

En la habitación vecina, sobre el tabique de separación, repiquetearon con rapidez los nudillos de Harvey Mallory. Enfocó Martel sus anteojos hacia el horizonte y vio la fúnebre caravana.

Rió jubilosamente, mintiéndose con sinceridad:

—¡Ya sabía yo que volvería!

* * *

También Lucie de Raney, la hija del difunto jefe de la Legión, vio desde la ventana de sus habitaciones en el Pabellón de Oficiales del campamento de Biskra, el regreso del «saldo».

Contempló la entrada en el gran patio central de la comitiva de los ocho mejaris, transportando siete de ellos su carga fúnebre.

Durante un mes seguido, sus días habían sido monótonos y ensombrecidos por el continuo dolor de saberse huérfana tras la

trágica muerte de sus padres.

Había obedecido la amistosa orden del jefe que, íntimo amigo de su padre, habíale dicho que no era recomendable su viaje a Francia, y que «cuando desapareciera el peligro que sobre ella se cernía, podría abandonar la fortaleza».

El jefe legionario se encerró en un absoluto mutismo cuando ella quiso penetrar y ahondar en la clase de peligro que la amenazaba. Limitóse a contestar que era un secreto que él mismo desconocía.

Ahora, Lucie de Rancy contemplaba al legionario que, desmontando, depositaba con mucho cuidado el cuerpo inerte de un compañero en una de las camillas que acababan de traer.

No podía oír, dada la distancia, a Marc Martel, que, en posición de firme, daba la novedad al sargento Lesurc:

—Han causado baja Tefikra y sus siete números, atacados por una patrulla de mejaristas al servicio alemán. Ha causado baja el legionario Manuel Ortiz, herido mortalmente por la espalda, por Grymko. Éste y Wilhelm han sido bajas al repeler su agresión el legionario que da la novedad, mi sargento.

Leon Lesurc escrutaba con frío recelo a Martel. Sin dejar de observarle, ordenó a Harud:

—Avise al comandante médico, cabo. Que informe por escrito sobre las heridas y sus proyectiles. Dos números custodiando al legionario Heliotrop. Preparé un parte por «incumplimiento de misión y agresión injustificada».

Marc Martel pestañeó asombrado, pero continuó rígido. Pensó irónicamente en los «*slogans*»:

> «La Legión es vuestra madre. La Legión agradece el heroísmo».

Lesurc hizo una señal. Un legionario tocó con la culata en el hombro a Martel, que echó a andar tras el sargento hacia los pabellones.

Lúe de Rancy había visto multitud de rostros patibularios desfilando por los cuarteles. Por ello le resultaba agradable la franca expresión del único legionario que había regresado del «saldo».

El comandante Margens, un alsaciano, escuchó atentamente la

explicación del sargento Lesurc. Y ordenó:

—Que pase su sospechoso.

Marc Martel penetró en el despacho, y por unos instantes, le estudió Margens en silencio. Ordenó por fin:

—Reposo. El sargento Lesurc acaba de darme las novedades. Según parece, fue usted el único que logró salvarse. Y acusa a los legionarios Schmidt y Grymko, que ya no pueden hablar en su defensa, de haber matado al legionario Ortiz. ¿Cómo tuvo lugar el primer ataque?

—Aparecieron dos tanques y veinte mejaristas. Telífera y sus siete compatriotas huyeron. El legionario Schmidt obedeció, como nosotros, la orden del legionario Grymko, y dejamos los fusiles, rindiéndonos. El legionario Schmidt permaneció cinco minutos hablando a lo lejos con el oficial alemán tanquista.

Fue exponiendo lo que había alegado el alemán como explicación por la recuperación de la libertad, y el ataque alevoso. Terminó:

—Tengo un plomo en el hombro, disparado por la pistola alemana que he dejado en el cinto del legionario Schmidt. Éste es mi informe, señor.

—Salió de misión para capturar a dos desertores. Era su deber y obligación continuar adelante, legionario Heliotrop.

—Ignoraba la ruta a seguir, ya que no me fue comunicada. Íbamos bajo el mando de Tefikra, quien tenía las instrucciones, mi comandante.

—El médico. Que venga —solicitó Margens.

Al irse Lesurc, añadió el comandante:

—Un paisano ha preguntado telefónicamente por usted. Dice que es amigo suyo y reside en el «Glacier». Volviendo a su informe, ¿admite usted que estaba dispuesto a pasarse a las filas alemanas?

—Sí, mi comandante. Era la única posibilidad que se me presentaba de poder escapar. Pero si el legionario Grymko hubiese dado orden de abrir fuego, la habría cumplido. Ordenó rendirnos. El resto quedó a la iniciativa personal de cada número.

Entró el médico. Dio su informe:

—Balas alemanas en los mejaristas. Calibre 22., «Mauser». Balas de fusil «Lebel» francés en el legionario Ortiz. Cinco en ráfaga diagonal por la espalda. Las cinco balas que son las que faltan en el

fusil del legionario Grymko y de sus cartucheras. Dos balas en el legionario Grymko. Otra del mismo fusil, propiedad del legionario aquí presente, está alojada en el cráneo del legionario Schmidt.

—Este hombre pretende que una bala de pistola disparada por el legionario Schmidt permanece en su hombro. Examínele. Regresen.

La lanceta del médico hizo cerrar los ojos a Martel. Poco después volvía con el médico, que llevaba la pistola alemana y el plomo extraído del hombro de Heliotrop.

—Todo corresponde y encaja sin duda alguna con lo declarado por el legionario presente, Margens. Si me toleras mi opinión personal, creo que Schmidt debió aceptar espiar los próximos movimientos de la Bandera. Regresaría con Grymko vivo, y los cadáveres de los demás, pretextando un ataque rechazado. Considero pues que el legionario aquí presente es un excelente… Bueno, tú mismo decidirás. ¿Quieres algo más?

—Hasta luego. Dígame, sargento Lesurc, ¿comparte usted la opinión del comandante médico?

—La diversidad de armas empleadas, mi comandante, encaja y corresponde a la novedad dada por el legionario aquí presente.

—Rompa el parte, sargento. Quien ignora la misión y la ruta, no puede continuarla al ser baja el superior con mando. ¿Qué castigo había impuesto al legionario Heliotrop?

—Ocho días de pelotón, mi comandante.

—Reposo hoy, y licencia de paseo. Mañana, que reanude su castigo hasta cumplirlo. Puede retirarse, legionario Heliotrop.

Saludó Martel, disponiéndose a salir. Se detuvo porque Margens añadía secamente:

—No obstante, constará en la cita del día su comportamiento ejemplar en la primera misión de patrulla que le ha sido confiada. Retírese. Usted también, sargento.

Fuera del pabellón, Martel se detuvo bajo el balcón donde Lucie de Rancy se acodaba. No la veía, ni tampoco Lesurc, que dijo:

—Queda enterado, legionario Heliotrop. Tiene licencia de paseo hasta las nueve. Mañana, al toque de diana, se reincorporará al pelotón cuarto.

—A la orden, mi sargento. ¿Soy libre de andar donde quiera a partir de ahora?

—Sí.

—¿Tengo libertad para un comentario?

—Sí.

Tendió Martel el índice hacia los pasadores de condecoraciones que lucía Abel Vigan sobre el bolsillo de su sahariana.

—Oiga, ¿cómo diablos consiguió estas cintilas?… Seguro que por lo menos debió exterminar a solas a una cuadrilla de bombarderos.

—¿Acaso pretendía usted que le besasen y le dieran un diploma?

—Hombre, no, pero lo que no me cabe en la sesera es que después de volver de puro milagro, encima he estado a punto de que me fusilasen.

—Hoy se ha limitado usted a hacer lo que cualquier hombre haría, por simple instinto de conservación. Esto no es heroísmo, ni acción calificada. Puede seguir su camino, legionario Heliotrop.

Se marchó el sargento. En voz alta, al cabo de unos instantes, meditó Marc Martel:

—Aprende la lección, Maro, Para que te den las gracias, tendrás que traer cogido por la oreja al propio general Rommel… Empiezo a estar hasta la coronilla de tanto legionario y disciplina estoica.

Levantó la vista al oír un leve ruido. Se iluminó su semblante al divisar el rostro de Lucie de Rancy, inclinada, cuyo abanico acababa de chocar contra el reborde de la cornisa, cayendo al suelo.

—¡Sopla…! Debe ser un espejismo… ¿O será verdad que mis ojos contemplan a una rosa en este huerto de cardos borriqueros?

Recogiendo el abanico, preguntó:

—¿Por dónde vuelo a devolvérselo, ángel?

Ella señaló una puerta. Y mientras oía los pasos ascender por la escalera, meditó que la sonrisa descarada del llamado Heliotrop era agradable, sin insolente sarcasmo.

Cuando él llamó a la puerta, que estaba entreabierta, Lucie de Rancy, acabando de abrirla, retrocedió mientras decía:

—Deseo que sepa que el abanico me cayó y no fue adrede.

—Nunca me dijeron que los ángeles hablasen francés.

—Gracias por haberse molestado en devolverme el abanico.

—No me eche todavía, señorita. Créame, no soy ningún presuntuoso. Y si continúo aquí es que, sinceramente, me apena verla con esta expresión de tristeza en los ojos. Daría lo que fuese por verla sonreír. La vida es agradable, y todo pasa, nada es

permanente, ni siquiera las tristezas del amor no correspondido. ¿Tiene penas de corazón, ángel?

—Soy Lucie de Rancy —manifestó ella, como si anunciar su identidad lo explicase todo.

Al comprobar que él no demostraba haber comprendido, preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva de Legión?

—Dos días, aunque se me antojan dos siglos. Bueno, ahora ya no. Ahora sería capaz de firmar un enrol eterno, si usted ha de estar siempre en este balcón y me promete sonreír.

La abierta cordialidad de Marc Martel produjo en Lucie de Rancy una extraña sensación de afecto, de conocimiento antiguo, como si aquel desconocido fuese un amigo de la infancia.

—Puedo solicitar que le eximan de formar en el pelotón de castigo, si lo desea.

—Lo que deseo es esto, ángel.

Señaló Martel un clavel que adornaba el alto escote del negro vestido. Enarcó ella las cejas, sorprendida. Y aclaró Martel:

—Me llaman Heliotrop porque me gustan las flores. Gracias, ángel. Y cuando me conozca mejor, no titubee en pedirme lo que sea. Si hay alguien que la molesta, o algo en que pueda yo actuar en su favor… écheme el abanico. Me apena verla tan triste. ¿Ha olvidado sonreír?

—Adiós, legionario Heliotrop. La suerte le acompañe, y agradezco sus buenas intenciones.

Saludó Martel militarmente, y ya en el patio, aspiró el aroma del clavel y miró hacia el balcón. Pero no estaba ella.

Pasaba el cabo Harud haciendo oscilar su fusta.

—A la orden, mi cabo. ¿Puedo preguntar quién es la señorita Lucie de Rancy?

—Es la hija del difunto coronel De Rancy. ¿Por qué te interesa saberlo?

—Porque me resulta mucho más agradable que tú, mi cabo. Abur.

Poco después el cabo Harud informaba al sargento Lesurc:

—El legionario Heliotrop ha inquirido por la señorita De Rancy.

A su vez, el comandante Margens oyó al sargento Lesurc y comentó:

—Quizá convendrá vigilar a Heliotrop, sin que se dé cuenta. ¿Conoce la historia del caso De Rancy, sargento?

—No, mi comandante. Supe tan sólo que murió examinando un arma, y que su esposa falleció de un ataque al corazón de resultas del dolor que le causó la muerte del coronel.

—Éste es la versión oficial. Bien… Mañana, al toque de diana, preséntese. Posiblemente saldremos a ocupar posiciones en el desierto tunecino. Usted es uno de mis veteranos, sargento Lesurc. Le agradará saber que le he elegido para una misión que puede valerle el ascenso.

El sargento León Lesurc salió con la misma indiferencia de siempre. Veía la posibilidad de que terminasen las pesadillas que agitaban sus sueños.

«Una misión que puede valerle el ascenso», era la fórmula preliminar oída por miles de legionarios muertos heroicamente.

Pensó que, si tenía que escoger voluntarios, nombraría primeramente al legionario Heliotrop. Porque la sonrisa confiada y alegre del joven Marc Martel le recordaba demasiado cruelmente la alegre y confiada del joven Abel Vigan.

Al anochecer, el oficial de su sección llamó a León Lesurc.

—Mañana, la Quince Bandera iniciará una operación excepcional. Tenemos el honor de ser los primeros disidentes con el Gobierno de Vichy. Mi sección se distribuirá en dos sectores. Usted mandará el pelotón reforzado con quince voluntarios que escogerá cuidadosamente.

Entró el oficial un plano con coordenadas de ruta y posiciones.

—Ésta es la ruta que ha de seguir hasta ocupar el oasis de El-Borj.

Como usted sabe, hay allá un antiguo establo sólidamente construido. Tomará posiciones de defensa en dicho oasis. La orden recibida es la de resistir hasta el último cartucho.

Titubeó el oficial un instante, antes de añadir:

—Naturalmente, no es preciso que insista sobre la importancia primordial que supondrá para el resto de las fuerzas operantes, el hecho de que su sección resista hasta más allá de los límites humanos.

Asintió Lesurc silenciosamente.

—Seleccione, pues, con gran esmero sus voluntarios. La

maniobra que usted ha de llevar a buen término es de atracción del enemigo, haciéndole creer que el grueso de nuestras fuerzas ocupará el oasis de
El-Borj
por el flanco este. Lamento comunicarle que no podremos acudir en refuerzo… hasta que hayamos coronado nuestros restantes objetivos. Eso es todo.

—¿Manda algo más, mi teniente?

—Nada, gracias. Buena suerte. Deseo que pueda ganarse otra medalla, sargento.

«Colócala sobre el montón de escombros que encontrarás en
El-Borj»,
meditó León Lesurc.

Pero su rostro no tenía la menor expresión. Y al quedarse a solas murmuró el oficial:

—Sabe que esta vez me veo obligado a enviarle a una muerte segura y no ha parpadeado siquiera. Es un verdadero animal sin emociones… Tendrá una heroica muerte con derecho a un desfile de honor ante sus restos y los de sus hombres.

Tal vez porque deseaba despedirse del llamado mundo civilizado, León Lesurc se encaminó hacia la ciudad. Aburrido, porque no tenía a quién escribir en última despedida, ni hallaba tampoco olvido alguno en el alcohol.

Pasaba por debajo de una arcada de soportal sumido en la penumbra, cuando tres sombras se abalanzaron. Una de ellas le cubrió la cabeza y busto con un saco de piel de camello.

Otra le abrazaba las piernas con un cerco metálico y la tercera le aprisionaba las muñecas en otro cerco de acero.

La ritual llamada en peligro: «¡A mí la Legión!», quedó ahogada por el saco. Y con la misma rapidez y destreza con la cual lo habían inmovilizado, le transportaron al interior de un jardín murado.

Se dirigieron hacia un edificio de redondo tejado que parecía un templete argelino y que se erguía en el centro del jardín.

Depositaron al secuestrado en una sala al fondo de la casa, instalándolo en un sillón especial. Argollas de cuero trenzado rodearon la cintura, brazos y piernas del que, liberado del saco capucha, miró en rededor con ojos fríamente inquisitivos.

Ninguna emoción podía ya filtrarse desde hacía años en el

ánimo de León Lesurc. Examinó a sus tres raptores. Tres clásicos forajidos argelinos del desierto. Fuertes y nervudos; que por diez francos mataban sin vacilaciones.

Los tres se retiraron al fondo de la estancia, que por todo mobiliario tenía el sillón en que se hallaba León Lesurc, una mesita con calados arábigos y un confortable sillón sin correas.

Entró en la estancia un desconocido. Andaba tieso y envarado.

A su entrada, los tres argelinos se doblaron por la cintura en profundo saludo: el «salamalec» tributado a un gran caíd o a un generoso pagador.

El recién llegado cojeaba ligeramente. Se apoyaba en un bastón negro de ancho puño, cuadrado. Sentóse y especificó lentamente:

—Buenas noches, sargento Lesurc. Para mí sí que lo serán. Para usted, dependerá. Me llamo Robert Jarnac.

OCHO

En el umbral de la habitación del «Glacier», el legionario Marc Heliotrop, aspirando el clavel inserto en el ojal de su sahariana, preguntó:

—¿Es aquí donde habita el capitán Gugus?

—Entra ya, bribón.

—Tengo permiso hasta las nueve. Son muy generosos mis nuevos patrones. ¿Te enteraste que hoy estuve de excursión? Una merendola campestre, con fuegos de artificio.

—He decidido que abandones el asunto, Marc.

Acercándose al tabique, repiqueteó el capitán, mientras su hermano se servía una jarra de cerveza vaciando dos de los frascos que se bañaban en un cubo con
hielo.'

Apareció Harvey Mallory.

—Mi hermano Marc, Harvey Mallory. También es especialista como yo, Marc. Sigue la misma pista, pero con más talento, puesto que encontró el motivo que explica la inhumana actitud aparente de los casos como el de Abel Vigan. Ahora vas a saberlo, Marc. Explíqueselo, Harvey.

El británico expuso su deducción, aludiendo al reciente y trágico caso de los esposos De Rancy.

Marc Martel crispó los puños.

—Ahora comprendo por qué contienen tanta tristeza los ojos de Lucie.

—¿Lucie?

Le tocó el turno de explicar su reciente conocimiento de la hija del difunto coronel de la Legión, añadiendo:

—Si hay alguien que en el mundo merezca la muerte más lenta y

cruel, es indudablemente el canalla que maneja este odioso sistema criminal de obtener informes secretos. ¿Quién es?

Miró alternativamente a su hermano, que encogió los hombros indicando con ello su ignorancia, y al agente inglés que comentó:

—Todavía lo ignoro, aunque tengo mis sospechas. He empleado a un chiquillo indígena, que sabe deslizarse sin ser visto. Le he encargado que vigile los pasos de cierto francés que aparentemente es un arqueólogo. Un tal Robert Jarnac.

—También hay otra pista —intervino Gustave Martel— y nos la podría facilitar Lucie de Rancy.

—Si ella supiera algo lo habría dicho ya —afirmó Marc.

—No, porque hay cosas que no parecen importantes hasta que no se recuerdan contempladas desde otro punto de vista. Escucha, Marc… Tú puedes estar en un lugar donde sin saberlo, han matado a alguien. Nada de lo que te rodea entonces te llama la atención. Ahora bien, si yo, por ejemplo, menciono el asesinato allí ocurrido, entonces, cosas que no te parecieron importantes resaltarán con súbito contenido revelador.

—Voy comprendiendo. Se trataría entonces de escarbar en el recuerdo de Lucie.

—Si tú o yo le podemos confiar nuestra suposición de que su madre fue víctima de un chantaje canallesco, entonces tal vez ella recuerde algo, una persona, una carta, una visita… que hasta ahora le habrán parecido sin el menor interés.

—Trataré de averiguarlo.

—Yo también haré lo posible. Pero tú, Marc, vas a abandonar la Legión.

—Ahora, ni hablar. Además, todos los días no van a obsequiarme con excursiones como la de hoy. Fíjate que ahora yo puedo hablar con Lucie.

—Hay algo también que puede usted hacer —intervino Mallory —. Me refiero al apodado «Malasaña», Puede relacionar usted su caso con el de los De Rancy. Naturalmente, es un tema delicado. León Lesurc está convencido de que nadie sabe que él es Abel Vigan.

—Veo difícil que pueda yo ganarme la confianza del sargento Lesurc… ¿Qué ocurre?

El británico acababa de ponerse en pie. Se oían unos pasos

cautelosos deslizándose hacia la puerta. Abrió repentinamente Mallory.

Un chiquillo de unos doce años, negro de tez, con rasgos finos, cubierta la rapada cabeza con un mugriento tarbo rojo, y vestido de larga chilaba de piel de camello, sonrió contemplando a Mallory.

El inglés volvió la cabeza:

—Excúsenme. Me parece que Zanzi ha averiguado algo. Estaré pronto de regreso.

En el pasillo, el pequeño argelino murmuró:

—Venga conmigo, Sidi. El señor arqueólogo que le interesa está ahora haciendo algo muy extraño.

Apenas hubo salido el inglés, Gustave Martel comentó:

—Me gustaría conocer de cerca a este arqueólogo cuya pista sigue Mallory. Pero naturalmente, no puedo preguntárselo.

Asomado a la ventana, replicó su hermano:

—Se larga tu inglés. Y aprisa, con el negrito.

Aproximándose, con sus prismáticos, el capitán Martel fue siguiendo los pasos del agente británico y Zanzi. Murmuraba:

—Es buena idea, tratar que la hija de los De Raney sepa nuestras sospechas. Tal vez por este conducto averigüemos… ¡Maldición! Ya no les veo.

Apartó los ya inútiles gemelos, y al volverse se encontró a solas. Corrió al pasillo y al desembocar en la escalera, un camarero vino a su encuentro para anunciarle:

—El legionario acaba de irse. Me ha encargado que le diga que él vale más que unos prismáticos. Añadió que vendrá a cenar con usted.

* * *

Robert Jarnac, después de declinar su identidad; detalló al sargento. Estaba muy lejos de siquiera sospechar que aquel hombre de aspecto bestial y mortecino pudiera ser una de sus antiguas víctimas.

Abel Vigan habló con entonación sin matices:

—Ignoro sus fines, Jarnac, pero sepa que toda ofensa inferida a un miembro de la Legión es severamente castigada.

—No lo ignoro, sargento Lesurc, pero a mi entender podemos

llegar a un acuerdo. Sé que es usted uno de los más veteranos de la Quince Bandera. Es de toda confianza para sus jefes. Hace tiempo que aguardaba esta oportunidad. La de que abandonase el campamento. Quería hablar con usted.

—Si tal era su deseo, no hacía falta emplear a tres bandidos.

—Es que, si no llegamos a un acuerdo, usted no volverá más al campamento, sargento Lesurc.

—Hablemos claramente. ¿Trabaja usted para los alemanes?

—Digamos que siempre fui un agente libre, trabajando para el que mejor paga, o para el que creo está en condiciones de triunfar. Actualmente, me interesan sobremanera los movimientos de las tropas francesas. La Legión es tropa francesa, y usted no ignora que Francia es la aliada de Alemania. Por lo menos, la Francia que yo respeto. La gobernada por Vichy.

—Siendo así, diríjase a otros centros de información. Yo no soy más que un suboficial rutinario que cumple órdenes.

—Exacto. Cumple órdenes que recibe. Y tengo barruntos de que ha recibido usted alguna orden que me interesa averiguar. Présteme toda su atención, Lesurc. La Alemania triunfadora necesita soldados de su talla. Yo le garantizo un ascenso a oficial de las fuerzas tunecinas y una generosa paga. Si no me engaño, el legionario es apátrida, ¿sí o no?

—Luchamos por lo que creemos saben ordenar justamente los mandos.

—Hoy en día, todo está muy confuso y revuelto. Pero algo es muy seguro: triunfará Alemania. Y usted debe estar ya fatigado de ser un soldado sometido a ruda disciplina. Elija entre ser oficial o ser un capitalista en el país que elija. Todo ello a cambio de poca cosa.

—¿A cambio de qué?

—Es innegable que la Quince Bandera prepara una expedición. Usted puede decirme cuáles son sus objetivos finales. ¿Le parece bien recibir a cambio, treinta mil libras esterlinas?

Los tres argelinos oyentes respingaron al oír, la enorme cifra.

Abel Vigan preguntó indiferente:

—¿Qué haría yo con treinta mil libras?

—El hombre más desesperado del mundo recobra el gusto de vivir al ser rico y poder permitirse cualquier capricho.

—Mi único capricho ha sido morir pronto, y no lo consigo.

—Creo que lo va a conseguir, sargento Lesurc, si no acepta mi generosa oferta.

—Ya le he dicho que soy un mecanismo en un engranaje, y no un elemento de información. En cuanto a sus amenazas, puede estar seguro de que me hacen el mismo efecto que sus ofertas de riqueza. Ninguno.

—Una actitud muy torpe la suya, Lesurc. No tiene siquiera la excusa de ser un francés disidente. Usted es un veterano del desierto. Sabe los procedimientos empleados por los verdugos bereberes. El beduino que está a sus espaldas disfruta aplicando la ciencia heredada de sus antepasados. Por última vez, Lesurc, ¿va a decirme lo que deseo saber?

Abel Vigan miró al argelino que tras él acariciaba con ojos relucientes la incurvada hoja de una gumía.

—Si éste es su verdugo particular, que empiece ya la faena. A fin de cuentas, hace mil años que yo mismo me condené a merecer una muerte lenta en medio de las mayores torturas. Y desconocía la peor de las sentencias: verme condenado a vivir.

—¡No sea estúpido! —imprecó Robert Jarnac, perdido el control —. Con su actitud sólo logrará sufrir como un condenado.

—Eso soy. Un condenado.

—No alardee de estoicismo, sargento Lesurc. No le mataré. Le dejaré tirado en cualquier rincón del desierto. Vaciados los ojos, cortada la lengua, y convertido en un guiñapo humano, que se arrastrará pidiendo limosna a los caravaneros. ¿Se da cuenta?

Elevó Vigan los hombros con desprecio. Prosiguió Jarnac:

—No morirá… Sufrirá constantemente. Ciego y mudo, mutilado, tendrá que arrastrarse por el suelo, porque la gumía de Larbi le seccionará los tendones de las piernas. Se transformará usted en un monstruo rampante y repulsivo, que no suscitará compasión, sino asco. En cambio, si me informa, será un hombre rico, adulado, libre… Espero su respuesta.

Tardó Vigan en replicar:

—No he recibido orden alguna. Ignoro por completo cuáles son los propósitos del mando.

—Voy a tener un poco más de paciencia, Lesurc. El legionario Wilhelm Schmidt, muerto hoy, tenía que informarme de las

órdenes. Ayer mismo me participó que, a más tardar, hoy habría preparativos de marcha en la Quince Bandera. Por lo tanto, no piense poder engañarme. Son muchos los años que llevo en mi profesión. Y una bestia como usted no pretenderá engañarme, por mala que sea su saña, Lesurc.

Abel Vigan escupió al suelo junto a los pies de Robert Jarnac.

—Si a mí me apodan «Malasaña», tú deshonrarías este apodo. Porque eres un enfermo mental, un pobre bicho inmundo que Se cree un superhombre. Que trabaje ya tu verdugo. Lo prefiero.

Larbi aguardaba la señal, pasando la yema del pulgar por el filo del corvo puñal. Preguntó riente:

—¿Por dónde empiezo, Sidi Jarnac? ¿Por los ojos o por los nervios?

* * *

El muchacho argelino, caminando, iba explicando volublemente:

—… Y como usted me pagó bien para seguir al buscador de piedras viejas, he cumplido como solo yo podía hacerlo. Sin ser visto. El entró en aquella casa, y aguardé bajo la sombra del arco. Entonces surgieron «merkut» beduinos que se apoderaron de un sargento legionario. Lo metieron dentro de la casa. He corrido a avisarte, Sidi.

—Hiciste muy bien, Zanzi. ¿Quién vigila el jardín? —Nadie. Todos se metieron en la casa redonda—. Espérame aquí. Iré a ver lo que ocurre ahí dentro. Harvey Mallory saltó la tapia que muraba el jardín. Avanzó hacia la casa, mientras quitaba el seguro de su automática. Penetró por una ventana. Pisaba sobre la punta de los pies, y aproximándose, oyó una voz monótona:

—… un pobre bicho inmundo que se cree un superhombre. Que trabaje ya el verdugo. Lo prefiero.

Siguió avanzando y cuando llegaba junto al dintel abierto, oyó:

—¿Por dónde empiezo, Sidi Jamao? ¿Por los ojos o por los nervios?

Irrumpiendo, advirtió Mallory:

—¡Quietos todos, o disparo!

Los tres argelinos se quedaron inmóviles, como petrificados por la amenaza de la pistola que en semicírculo abanicaba.

Robert Jarnac se apoyó en el puño de su bastón con ambas manos.

Abel Vigan contempló al desconocido que tan oportunamente llegaba.

—¡Tú, merkut! —ordenó Mallory—. Ata a tus dos compinches con la cuerda que cuelga del sillón, y vete soltando al suboficial. ¡Aprisa, o te mueres! Vosotros dos, más altas las manos, invocando a Alá… Bien, señor Jarnac, creo que le será difícil explicar razonablemente el motivo por el cual tenía secuestrado a un sargento legionario.

Procedente del jardín, una voz llamó:

—¡Mallory! ¿Por dónde anda?

Reconociendo la voz de Marc Martel, el agente inglés orientó:

—¡Venga aquí, Heliotrop!

Robert Jarnac se apoyó más fuertemente sobre la empuñadura de su bastón. Oyóse un agudo silbido. El puño cuadrado contenía un mecanismo que disparaba un corto y afilado proyectil.

A la vez, pisó en el suelo un resalte. Las luces se apagaron.

Irrumpía en el pasillo Marc Martel, vociferando:

—¿Dónde diablos está, Mallory?

—¡A mí la Legión! —gritó León Lesurc.

Cerca del sillón ocupado antes por Robert Jarnac, éste abrió una compuerta, deslizándose hacia abajo. Ignoraba el número de los que venían en rescate de Lesurc.

Los tres argelinos se precipitaron tras él, apresuradamente. La compuerta volvió a encajar. En el suelo no quedó más que una alfombra tendida a todo lo ancho.

Marc Martel hizo crepitar un fósforo. Se dirigió al prisionero, quitándole las ligaduras. Levantándose, Lesurc se aproximó a la silla que había ocupado Jarnac.

Tanteó con el pie hasta encontrar el resalte, que presionó. La sala se iluminó. En el suelo, el cuerpo sin vida de Harvey Mallory mostraba en la garganta el remate del proyectil acerado que le había seccionado la carótida.

Secamente ordenó Lesurc:

—Registre la casa, legionario Heliotrop, mientras exploro el jardín. Llamaré a la patrulla legionaria.

En el interior del sótano oyó Robert Jarnac lo que acababa de

decir el sargento. Hizo una señal, y los tres argelinos que se disponían a reaparecer, descendieron las escaleras. Por el pasadizo se dirigieron hacia la otra mansión de Robert Jarnac.

Marc Martel inspeccionaba la habitación. Buscaba en vano por dónde habían escapado los desconocidos que secuestraron a Lesurc y mataron al agente inglés.

Por el jardín la patrulla registraba inútilmente. Dos de ellos se llevaron el cadáver de Mallory. Otros dos se quedaron de guardia. Y Lesurc dijo, por último:

—Ya daré el parte correspondiente. Venga conmigo, legionario Heliotrop. Tenemos que informar.

Saliendo del jardín, Martel protestó:

—Tengo una cita para cenar, sargento.

—Queda aplazada. Tenemos que informar.

—Hombre… Me está bien empleado por meterme donde no me llaman. ¿Puedo telefonear desde aquel cafetucho?

—Lo hará, si le conceden permiso, desde el campamento. Tendrá que explicar su conocimiento del inglés que ha sido asesinado.

Hacia la fortaleza, Martel pensó que no podía revelar quién era Mallory. No podía demostrar su relación con agentes secretos, o fracasarían los planes de su hermano.

Ojeó Lesurc la sahariana de su silencioso acompañante.

—Esta flor, ¡fuera! Abróchese la sahariana.

—¡Caray, usted es un caso! Se olvida que estoy con permiso reglamentario, y son las ocho nada más.

—Ya está nuevamente de servicio. Quítese esta flor. Abróchese.

—La próxima vez que lo amarren lo desatará su tía.

—Silencio.

Penetraron en el patio. En la oficina de Información, Lesurc anunció:

—En el zoco tercero, tres merkut me apresaron. Fui conducido a una casa donde he dejado dos números. Un francés llamado Robert Jarnac quería saber los próximos movimientos de la Quince Bandera. Pretexté ignorancia. Un inglés llamado Mallory acudió. El legionario presente venía tras él. Se apagaron las luces. Liberado por el legionario presente, comprobé que Jarnac y los tres merkut habían desaparecido. Mallory estaba muerto. No hay más novedad, mi teniente.

El oficial habló por el teléfono interior:

—El sargento Lesurc acompañado del legionario Heliotrop acaba de informarme sobre un asunto que requiere su estudio, mi comandante.

Escuchó unos instantes. Colgando, dijo:

—Acudan a la sala de estandartes. El comandante Margens espera.

Repitió Lesurc ante el comandante lo que ya había explicado. Margens miró a Martel.

—¿Qué hacía usted en aquella casa?

—En el «Glacier» acababa de conocer a Mallory. Un mocoso argelino vino a buscarle.

—¿Quién le presentó a Mallory?

—Un viajante de comercio al cual conozco desde hace mucho tiempo, y que estando casualmente en Biskra me invitó a cenar.

—¿Quién era el muchacho argelino?

—No sé, mi comandante. Creí que sería un guía nocturno. Para abrirme el apetito, decidí seguirles. Vi a Mallory saltando una tapia. Hice lo mismo, y esto es todo, mi comandante. ¿Puedo telefonear a mi amigo?

—Emplee este mismo teléfono.

Buscó Martel el número del «Glacier». Habló:

—¿Eres tú, Gugus? He tenido que volver al campamento. No cenaré contigo. Mallory murió. Lo siento, amigo Gugus, pero las órdenes son órdenes… Un momento. Mi comandante, ¿puedo volver al «Glacier»?

—No. He dado orden de retreta general.

—Retreta general, Gugus. Ya sabes; todos enchiquerados. Hasta otra.

El comandante Margens expuso:

—Ordeno el más estricto silencio sobre lo ocurrido. Puede retirarse, sargento.

A solas con Martel, añadió Margens:

—No está clara su intervención, legionario Heliotrop. Si pertenece usted a la policía o al servicio secreto, sepa que ha cometido un gran y grave error. Es ahora el número —y consultó un flechero—… el número

de la Legión Extranjera. Y le advierto que a partir de ahora será usted estrechamente vigilado. Puede retirarse.

En el patio esperaba el sargento Lesurc. Detuvo con un ademán a Martel.

—Ya van dos desilusiones seguidas, ¿no, legionario?

—Yo nunca me amargo. Ilusión que vuela, otra que zumba cerca.

—Quiero hacerle una advertencia. No es la primera vez que un polizonte se infiltra en nuestras filas. Me huelo que tendrá mal fin.

—A juzgar por los principios, indudablemente el fin será siempre mejor. Parece usted no darse cuenta, sargento, que a no ser por la intervención de Mallory, a estas horas estaría usted más muerto que Carracuca.

—Lamentará usted haber ingresado en la Quince y haberme llamado la atención.

—Lo siento, pero me cae usted simpático, sargento, por más que se empeñe en lo contrario.

Sé alejó Lesurc.

Cenando el rancho, Martel confiaba que al día siguiente podría comunicar con su hermano. Durmió sonriendo, porque su última imagen consciente fue el semblante melancólico de Lucie de Rancy.

NUEVE

Tras la llamada telefónica de su hermano, el capitán Martel decidió que, aunque perdiera toda la noche tenía que encontrar al angelito llamado Zanzi.

Saliendo del hotel, pestañeó recordando el proverbio mahometano acerca de la montaña acudiendo a Mahoma.

Zanzi, ladeado el tarbo, con luz de conspirador en los brillantes e inteligentes ojos, le hacía señas desde la penumbra de una arcada. Y al llegar Martel expuso Zanzi:

—Usted era amigo de Sidi Mallory que me pagó diez libras por seguir a un enemigo. Ha muerto Sidi Mallory. Yo sé muchas cosas que pueden interesarle, señor.

—¿Cuánto pides por decirme lo que sabes?

—Han pasado muchas cosas, señor.

—Toma estas veinte libras.

—Gracias, Sidi, mil gracias. Yo seguía a un hombre que busca piedras antiguas.

—¿Cómo se llama?

—Robert Jarnac.

—¿Dónde está?

Explicó Zanzi que, encaramado en un árbol, vio saltar la tapia a un legionario que entró en la casa, donde se apagaron las luces. Y agregó:

—Jarnac desapareció de un modo raro. Para los europeos, sí. Para mí, no.

—Perfectamente, Zanzi. Creo que vas a ganarte otras veinte libras.

—Gracias, Sidi. Pasaron minutos y nadie salió de la casa, hasta que apareció libre el sargento que llamó a una patrulla. Dos se

llevaron a Sidi Mallory, muerto. Otros dos quedaron centinelas. El sargento se fue con el legionario. O sea que si los legionarios no encontraron a Jarnac y sus tres merkut, ni los sacaron muertos, es que hay un camino abierto bajo el suelo. Los hay y muchos en Biskra. Comunican muchas casas entre ellas.

—Te has ganado estos otros veinte, Zanzi. ¿Dónde podré encontrarte si te necesito?

—Dónde tú irás. Y si mi necesitas, me llamas. Si no hay lucha ni disparos, vendré, Sidi.

En la sucia agencia de transportes donde entró poco después, Martel repicó sobre el mostrador. El individuo que parecía dormitar, parpadeó, incorporándose pesadamente.

Martel con el índice trazó lentamente sobre el mostrador, tres grandes mayúsculas:

«I… D… O…».

Aguardó. Y el argelino pareció despertarse por completo al oír:

—¿Puede facilitarme esta mercancía?

—Faltan dos indicaciones.

Trazó Martel las otras dos letras: «B… S…».

El argelino levantó un papel, dando paso a Martel.

—Baje al sótano. Extra corta. Veintidós un cuarto. Cinco pausas de tres segundos.

En el sótano, en la emisora-receptora, transmitió Martel:

«Urgente informen sobre Robert Jarnac. Aguardo».

En la impaciente espera fumó varios cigarrillos. Plasta que pudo escribir el mensaje en respuesta:

«Jarnac, Robert, arqueólogo, viajero constante. Salvo entre años 1921 y 24 que fue funcionario Ministerio Instrucción residente en París. Reconocido científico como autoridad profesional en arqueología».

* * *

El cabo de guardia cerró el paso a Gustave Martel, que dijo:

—Necesito entrevistarme inmediatamente con el jefe de la

Quince Bandera.

El cabo habló con un suboficial y éste con el oficial de guardia, que, acudiendo, saludó manifestando:

—Las visitas, por la mañana de once a una, señor.

—Lo que me trae aquí es de suma importancia. No tengo inconveniente en entregarle este documento para que lo muestre al jefe encargado del servicio de información de la Bandera.

—Aguarde unos instantes, señor.

Regresó el oficial acompañando a Martel al salón del pabellón de jefes. Le dejó cuando otro oficial se presentó, llevando el carnet expedido en Londres a nombre del capitán de Estado Mayor Gustave Martel.

—El comandante Margens le espera en aquel despacho, señor.

Frente a Margens, percibió Martel que no era persona grata, ni su visita era acogida cordialmente.

—Siéntese, Martel —invitó secamente Margens—. Pero, ante todo, quede en claro que aquí no obedecemos a Vichy ni a Londres. Por el instante, nos limitamos a cumplir la misión de imponer orden en el desierto. Ahora, puede usted hablar.

—Cuanto he de decirle es estrictamente confidencial.

—No tengo por costumbre ir repitiendo lo que me cuentan.

—Deseo hablar con el sargento León Lesurc.

—Duerme.

—El sargento Lesurc es en realidad…

—¡Alto, colega! —atajó Margens duramente—. Sabemos que en esta Bandera hay tres espías al servicio alemán. No nos importa. Mientras cumplan con su deber frente a cualquier clase de atacantes, y en su diario servicio, ni nos importa ni queremos saber quiénes han sido o puedan ser. Son detalles que usted, por más de Estado Mayor que sea, no puede ignorar.

—Bien, intentaré por otro rodeo. ¿Le interesa saber quién mató al coronel De Rancy?

—Murió examinando un arma.

—Y su esposa, ¿también? Tengo la certeza que tras estas dos muertes está un arqueólogo llamado Robert Jarnac. Puedo apresarlo, pero necesito dos órdenes escritas. Una para registrar una casa custodiada por dos legionarios.

—Se la daré mañana a primera hora. El coronel está ausente.

—Es tiempo perdido que favorece a Jarnac, pero debo someterme. La segunda orden me permitirá emplear el testimonio del sargento Lesurc.

—Vuelva al toque de diana. Yo mismo le entregaré las dos licencias que solicita, capitán Martel. He tenido un gran honor al saludarle. Buenas noches.

Furioso, pero comprendiendo que era inalterable la disciplina legionaria, Martel abandonó el campamento. Eligió un observatorio desde el cual podía vigilar la casa custodiada por dos legionarios y las edificaciones vecinas.

Desde su punto de observación no podía ver la salida posterior de la fortaleza. Ni la noche le permitía ver la hilera de hombres uniformados que abandonaban Biskra en ruta hacia el oasis de El-Borj.

Hombres que fueron despertados bruscamente, uno por uno, apenas llevaban dos horas de sueño. Y que, en número de treinta y cuatro, abandonaron el campamento al mando de Lesurc.

Eran treinta y cuatro números ignorantes del destino al cual se dirigían. Sólo el sargento Lesurc sabía que en el oasis de El-Borj hallarían una muerte gloriosa.

Para permitir que la Quince Bandera pudiera realizar la primera operación conjunta aliándose a las primeras fuerzas angloamericanas que desembarcarían en puerto de Gabes.

Tras seis horas de marcha incesante, la blanda arena parecía engrudo. Caminaban como autómatas. Encima tenían la intensa negrura tachonada de lejanas estrellas. Alrededor, la silenciosa blancura del desierto.

Al frente se abría en abanico la escuadra de avanzadilla. Y tras ellos, León Lesurc pisaba rítmicamente con la zancada ejercitada por miles de horas de patrulla.

La lividez del cercano amanecer empezaba a teñir con toques grises los tensos rostros de los expedicionarios, cuando Lesurc dio la orden de «paso de aproximación», que permitía hablar.

En la hilera donde estaba Marc Martel, un rubio gascón masculló una letanía de pintorescas imprecaciones. El cabo preguntó:

—¿El señor tiene alguna queja?

—Me cisco en la parentela de aquellos moscardones.

El gascón señaló el cielo, desde el cual parecía ronronear una corona metálica. Todos miraron sin cesar de andar.

Tres aviones trababan círculos como buitres. Llevaban en sus alas la cruz de Lorena. Comentó el cabo:

—Pájaros del larguirucho De Gaulle. No nos picotearán. Al fin y al cabo, todos somos franceses bajo nuestra bandera.

—No nos picotearán, como dices, pero van a atraer a los tanques alemanes. ¡Serán imbéciles! Como están por las nubes, presumen.

—Exacto —aprobó otro— y seremos nosotros los que aguantaremos las embestidas, cuando por culpa de estos presumidos de aviadores acudan los tanques.

León Lesurc hubiera podido explicar que precisamente aquel giro lento de los tres aviones encima de la columna en marcha hacia El-Borj
era un «detalle táctico» de la operación.

Los tanques nazis a la observación, acudirían. Creerían que el grueso de las fuerzas, se dirigían al oasis, tal como estaba planeado en la primitiva operación, alterada tras la muerte del coronel De Rancy.

La súbita aparición del oasis con sus palmeras verdeando a las primeras luces de la aurora, sacudió la modorra de los expedicionarios.

—Parada y fonda —rió el gascón—. Agua a todo pasto. Dátiles gratis.

—Y poderse rascar los callos. La gloria, socios —rezongó otro.

El oasis tenía un muro con almenas formando cuadro. Había sido una antigua fortaleza de los beduinos sedentarios.

Lesurc fue distribuyendo las posiciones. Cuando el sol empezó a irradiar, la sección bajo el mando de «Malasaña» estaba repartida como si de un momento a otro tuviera que repeler un ataque.

En cuatro pozos de tirador estaban instalados respectivamente dos legionarios y un cabo, armados de fusil ametrallador.

En los muros, el resto de la sección se esparcía ocupando las troneras por donde los ballesteros en tiempos aún no lejanos, repelían los asaltos de los forajidos nómadas.

León Lesurc paseaba lentamente tras el muro al noroeste. Bajo las palmeras la pequeña laguna refulgía azulada entre la vetusta fortaleza y los pozos.

Marc Martel contempló de pronto el cielo, haciéndose visera con la zurda. Lo vio despejado, crudo en su hiriente azul, sin atisbo de aviones. Y no obstante, sordo y acompasado, iba creciendo el zumbido de motores.

—¡Toque de atención, corneta! —ordenó Lesurc.

Las agudas estridencias marciales desparramaron sus vibraciones.

—¿No te dije? —rezongó el gascón. Distaba los dos metros, que había entre troneras, de la ocupada por Martel—. Ni que lo hubieran hecho adrede.

—¿Quiénes? —quiso saber Martel, menos bregado que el veterano gascón.

—¡Los capullos de aviadores! Nos han echado encima a los «Panzer». Verás qué bien nos protegerán estos tabiques contra los pepinazos de los cañones tanqueros. ¡Ahí están los latosos!

Coronando una duna surgieron siete tanques en hilera. Por entre ellos cabeceaban los largos cuellos de las monturas del desierto, mientras, en sus lomos, se erguían estatuarios, apoyándose en fusiles modernos, los mejaristas tunecinos contratados por el ejército alemán.

Al este, otros siete tanques aparecieron, entremezclados con jinetes. Se destacó un mejarista llevando en alto un largo palo en cuyo extremo ondeaba un banderín blanco, rayado en azul.

—Rendición. Eso nos brindan —tradujo el gascón—. Sí, hombre, sí… Como que «Malasaña» está siempre pensando en rendirse… El día en que vea a su hermano de leche, el propio Belcebú.

Martel contemplaba al sargento Lesurc que, reposadamente, se descolgó el fusil del hombro, apuntó por una fracción de segundo y apretó el gatillo.

Sincronizado con el estampido del disparo, el mejarista abrió los brazos y cayó hacia atrás.

—Ésta es la consigna, legionarios —anunció Lesurc, en el silencio que siguió—. Resistir hasta el último de nosotros. ¡Atención, pelotón tercero! ¡Preparados para entrar en acción!

Los señalados dejaron el fusil colgando del pecho, en banderola. Iban abriendo los bolsines que en los tirantes del correaje contenían las granadas de mano.

El sargento al mando del pelotón tercero alzó la mano y la bajó

a la vez que iniciaba el descenso por la escalera hacia el boquete de la salida.

Resonó con estruendo la respuesta de los tanques en represalia por la muerte del mejarista mensajero. Saltaron esquirlas pétreas de los bordes almenados, mientras los tanques se ponían en movimiento.

Crepitaron en los pozos los fusiles ametralladores. En una pausa de breve silencio, comentó el gascón:

—Puerca existencia… Siempre habrá clases… Ellos con tanques y nosotros con escopetitas y pinas cortas.

Miró hacia la franja delantera de los pozos, y exclamó ferozmente:

—¡Asadlos en sus latas! ¡Venga candela, valientes!

Los componentes del tercer pelotón, después de arrastrarse hacia los tanques que se acercaban, acababan de saltar en pie, lanzando una botella que se estrelló contra la torreta desparramando gasolina.

Y fueron arrojando granadas. En un instante, a las explosiones se mezclaron las súbitas llamaradas de la gasolina al incendiarse.

Los cañones tanquistas iban girando barriendo a los legionarios que seguían en pie. De los pozos surgía el fuego incesante de los fusiles ametralladores escupiendo plomo hacia los mejaristas.

—¡Aviones! ¡Ahora sí que vienen de rechupete! —gritó el gascón.

Marc Martel, concienzudamente, iba vaciando cargadores. Cuantos más mejaristas quedasen desmontados, más posibilidades tenía él de sobrevivir.

—¡Segundo pelotón! ¡Preparado! —vociferó Lesurc.

Seis tanques ardían. Abriendo sus incandescentes torretas, sus ocupantes intentaban huir del infierno que les asaba vivos en el interior.

Apenas saltaban a tierra se doblaban como peleles, cortados por las ráfagas de los fusiles ametralladores.

Los mejaristas trazaban círculos a todo galope de sus grotescas monturas desde cuyas jibas disparaban con tino, lanzando gritos salvajes.

—¡Ese pajarraco no es de Lorena! —bramó el gascón.

En el cielo rugía un negro bombardero, y más a lo lejos, dos

cazas acudían. Se destacaba en las alas la cruz gamada.

Los ocho tanques que quedaban indemnes, viraron. De los pozos, solamente dos seguían disparando.

—¡Legionarios Lefranc, Marcet, Gernik, Gafencu! —gritó Lesurc —. ¡Relevo de ametralladores!

Cuatro legionarios abandonaron sus troneras. Agazapados avanzaban hacia los hoyos para hacer uso de las armas de los cadáveres.

—¡Cabo Harud! ¡Cabo Mabul! ¡Al mando de los pozos!

El oasis que al amanecer era un paisaje idílico, se había transformado en un dantesco escenario de destrucción.

Martel pertenecía al pelotón cuarto. Entre disparo y disparo, hizo un cálculo mental de los que quedaban… Y empezó a desabrocharse los bolsines de bombas.

A ramalazos, desfilaban por su cerebro instantáneas de su pasado. Gustave enseñándole a leer y boxear. La rubia sueca revelándole los deleites amorosos a sus quince años. La ausencia de amor puro. La delicada figura de Lucie de Rancy, inspirándole un ansia indefinible…

—¡Al blocao! —clamó el gascón, dándole un leve culatazo en el hombro, para arrancarle de su abstracción.

Todos los legionarios que cubrían las troneras descendían ahora las escaleras, penetrando en el recinto bajo las almenas.

Tendiéndose, introducían los cañones de sus fusiles por las aberturas enrejadas, a ras del suelo.

León Lesurc seguía en el patio. Adelantó el brazo cuando Martel iba hacia el refugio que antaño fue prisión.

—¡Legionario Heliotrop! ¡Queda nombrado enlace! ¡Aquí, a mi lado!

Marcet obedeció, mirando hacia arriba. No veía ya lo que ocurría al exterior. Veía tan sólo las negras alas aproximarse a vertiginosa velocidad en vuelo rasante.

Lesurc le miraba de reojo. Sólo veía en el rostro de Heliotrop curiosidad y cierto asombro. Las manos que sostenían el fusil terciado ante el pecho no tenían la menor reacción temblorosa.

Como una ola gigantesca, un aluvión de arena saltó por encima de los muros acompañando la lluvia de cascotes y trozos de metralla.

La racha de explosiones de los proyectiles sembrados por el bombardero alemán, ensordecieron los tímpanos de Martel. Fue a tenderse instintivamente… pero vio que Lesurc permanecía en pie.

Maldiciendo entre dientes, meditó:

«A la segunda pasada, adiós, Gugus. Adiós, Lucie…».

La segunda tanda de explosiones obligó al sargento Lesurc a saltar lo más lejos posible hacia el otro lado, imitándole rápidamente Martel.

Las bombas derrumbaron las almenas que cubrían el sótano donde se habían refugiado los restantes componentes de la sección.

Las ametralladoras del bombardero trazaron un surco de chispas y esquirlas en el patio empedrado.

León Lesurc se tambaleó llevándose las manos al rostro. Las retiró ensangrentadas.

Después del rugido de los motores, las explosiones y los tableteos, casi parecía imperar el silencio completo, al remontar el bombardero.

—Apenas un refilón. Un rebote —diagnosticó Lesurc, palpándose de nuevo la frente.

La sangre que con el dorso de la mano se restañaba del rostro, le daba un aspecto más ferozmente inhumano.

—¡Mire allá, sargento! —exclamó Martel.

Los tres aviones se alejaban, dándoles escolta los cazas al bombardero. Y parecían huir.

—Salga a comprobar los relevos necesarios —ordenó Lesurc.

Martel abandonó el recuadro interior. Seguían roncando a lo lejos, pero en zumbido decreciente, los motores de los tanques.

Los cuatro pozos estaban ocupados por cadáveres mutilados, fundidos en extraña mezcla macabra.

Obra del primer ataque demoledor del bombardero «Stuka» cuya acción no podía ser impedida por ningún antiaéreo ni artillero.

Los pelotones segundo y tercero no eran ya sino cuerpos atrozmente desmembrados.

Miró Martel a su alrededor. Se apoyó en un roto tronco de palmera, mientras su estómago se estremecía en arcadas de náuseas que atribuyó al sofocante calor.

Fue a sumergir el rostro en el agua del lago, donde algunos malheridos habían destilado su sangre al arrastrarse agónicos.

Levantándose, regresó al fortín desmantelado. Por un instante creyó que el sargento Lesurc había enloquecido. Era la primera vez que lo veía sonreír.

Y era una mueca dolorida, lacerante, como el rictus de un hombre con las entrañas corroídas por un secreto mal.

La sangre no manaba ya, porque León Lesurc se había envuelto la frente con una venda de su macuto.

—Ningún superviviente, mi sargento. Ésta es la novedad.

—Y hay otra novedad, Heliotrop. También los otros quedaron fuera de servicio. Aplastados totalmente. Por lo tanto, nos hemos quedado tú y yo solos, Heliotrop.

—¿Por qué se largaron los aviones?

—Les persigue una escuadrilla de la llamada Francia Libre. Y los tanques han tomado otra ruta.

—Algo es algo.

—Pero volverán, volverán. Apenas se retire la escuadrilla. O sea, Heliotrop, que estamos tú y yo a solas. Podemos descansar irnos instantes.

—Buena idea. No vendrá mal, digo yo.

—Ayer también estuviste de chambón. Regresaste solo. Hoy no se repetirá la chiripa. Pero será un consuelo para ti, supongo, saber que ante tu carroña desfilará la Dieciséis Bandera, que es la que al anochecer ha de relevarnos. Una muerte gloriosa, Heliotrop.

—Se la cedo. Tengo sed, sargento.

—Bebe. Puedes tutearme. Y hasta si te place, puedes escupirme.

—¿Eh? —Y barrenándose un oído con el meñique, agregó Martel —: La chufa que tiene en la frente a lo mejor le tocó el nervio de la chifladura.

—No estoy loco. Te dije que puedes escupirme, porque soy el peor de los cobardes.

—¿Usted? Vamos, hombre… No cabe ya duda que el rebote le abolló la sesera.

León Lesurc volvió a esbozar el dolorido rictus.

—Se puede ser sincero cuando tocan a funeral cercano y propio. No tardarán en volver los tanques para colocar la cruz gamada en lo alto de estas ruinas. Cuando asomen, volveré a ser el sargento Lesurc… y no habrá rendición. Pero ahora somos simplemente dos tipos de París, perdidos en un puerco desierto de muerte segura.

Tiene gracia, ¿verdad?

—Ni pizca, sargento Lesurc, pero prefiero seguir oyéndole, porque en estos momentos casi tiene un cierto parecido con un ser humano.

—¿Conoces la avenida Neuilly? Allí vivía yo como un ser humano… Hace siglos… Por entonces tú todavía jugabas al aro. Y yo tenía una muñeca preciosa. Una cría de tres meses… que con sus muecas se me había metido muy dentro del alma.

Abel Vigan iba hablando mientras subía por entre los escombros hasta las agrietadas almenas, que se desmoronaban a trechos. El humo iba disipándose.

Desde lo alto examinó los contornos. No se veían tanques ni presencia de seres vivos.

Marc Martel sentía algo angustioso, un malestar físico, pero quería seguir oyendo:

—Te hablo así, porque quedará para siempre enterrado con nosotros lo que oigas, Heliotrop. Fui un gran cobarde. Asesinaron a mi esposa. Y mi pequeña apareció muerta de frío a orillas del Sena. ¿Qué hubiese hecho un hombre de verdad? No descansar hasta encontrar al culpable o a los culpables… Pero yo huí. Porque soy un cobarde, un asqueroso cobarde.

—Tal vez huyó… porque no comprendió, porque no pudo adivinar lo que había sucedido. Esto no es cobardía.

Algo semejante a luz humana alentó en los ojos de Abel Vigan.

—Se agradece la buena intención, muchacho. Tú solamente tendrías unos diez años por entonces, y no pudiste oír hablar del caso Vigan.

Oíase un rítmico ronquido da motores aproximándose. Pero el horizonte seguía siendo un ondulado mar de arena sin nada visible.

—Vuelven —comentó Martel.

—Tardarán. Yo era Abel Vigan por entonces, y vine a buscar el embrutecimiento y la muerte rápida. Para huir acepté ser legionario. Para huir de lo horrible, de lo incomprensible, como has dicho muy bien, muchacho. Y me convertí en «Malasaña», el sujeto odiado por todos, el sujeto condenado a vivir, asqueado y dando asco a todos…

—Oiga, Vigan; basta ya. Se está usted arañando el alma. Ya que vamos a morir, y por si le agrada saberlo, yo le considero

simplemente una víctima del Destino y un hombre muy cabal. Y seamos sensatos… ¿No es absurdo que nos quedemos aquí? Nos harán polvo… Y hasta para la propia Legión más valen dos hombres vivos que dos gloriosos difuntos.

Abel Vigan se pasó la mano por la cara, lentamente. Se irguió.

La orden recibida es resistir hasta el último hombre. ¡Legionario Heliotrop! ¡Ocupe el pozo oeste!

La tentación era muy fuerte. Martel, pensó que acometiendo a Vigan y dejándolo sin sentido, podría salvar su vida y la suya, intentando camuflarse bajo los escombros con el desvanecido y terco sargento.

Los motores zumbaban ya cercanos. León Lesurc distanció el semblante con expresión de incredulidad.

Una fila de camiones-oruga acababa de surgir coronando las dunas en rededor al oasis de
El-Borj.

Y mejaristas con la capa roja de la Legión Extranjera avanzaban.

—¡La Dieciséis! —exclamó Lesurc—. ¡Atención! ¡Fir… mes!

De los camiones iban saltando legionarios. Del primero de ellos descendió un comandante que escuchó las novedades dadas por el sargento Lesurc. Miró al otro superviviente:

—¿Qué número tiene, legionario Heliotrop?

—
35 735,
mi comandante.

Comandante Margena me dio una orden especial, sargento Lesurc. Salimos mucho antes de lo previsto. Considérese relevado y trasládese con toda urgencia, acompañando al legionario
36 755,
al campamento de Biskra. Inscribiré las correspondientes citaciones, sargento Lesurc.

Fue el comandante el que saludó el primero, antes de agregar:

—Regrese con el camión número ocho. Llevará la novedad verbalmente, anunciando que la Dieciséis Bandera ocupa el oasis
El-Borj.

Marc Martel se instaló bajo el toldo en el compartimiento posterior del camión, cuyas cintas rodantes se deslizaban rápidamente por la arena. El sargento Lesurc, impasible, sentábase

junto al conductor.

En Biskra, fuerzas de los spahis guarnecían la fortaleza, dónde de la Quince Bandera solamente quedaban el comandante Margens y su plantilla de Información.

—Es necesario su testimonio, sargento Lesurc, y el del legionario Heliotrop. Acudan a esta dirección. Pueden retirarse.

En la dirección indicada, una casa cercana a la que en la noche anterior había aparecido Robert Jarnac, salió a abrir el argelino Zanzi.

—Sidi Martel está allá desde las ocho de la mañana —y señalaba la casa redonda en medio del jardín—. Me dijo que aguardase aquí al legionario Heliotrop y al sargento Lesurc.

DIEZ

El capitán Gustave Martel solamente pudo resistir una hora de inactividad. Saltó del sillón de su observatorio, cuando vio que dos legionarios entraban en el jardín y volvían a salir en compañía de los otros dos, hasta entonces de centinela.

Martel aguardó unos minutos, y se deslizó al interior de la sala donde había hallado la muerte el agente Mallory.

Tanteó el suelo laboriosamente, hasta que sus dedos tropezaron con un minúsculo resalte bajo la alfombra. Presionó.

Fue alzándose la compuerta, mostrando los peldaños, por los cuales descendió, avanzando en tinieblas por el pasadizo subterráneo, preparado a todo, hacia la casa contigua.

En la casa contigua, al otro lado del jardín, un merkut comunicó:

—Los dos centinelas se han marchado, sin relevo, Sidi Jamac.

Robert Jamac sabía que ya no podía hacerse visible por Biskra. Y más que nunca necesitaba saber dónde se disponía a entrar en acción la Quince Bandera.

Levantándose, se apoyó en su mortífero bastón.

—Vete al campamento, Bezif. Vuelve cuando conozcas la ruta y el número de legionarios que saldrán esta noche. ¡Pronto!

Bezif se deslizó hacia ahajo, penetrando en el pasadizo.

—Tú, Djebel, avisa a Sidi Kraus que venga inmediatamente.

Por el pasadizo vio el capitán Martel aproximarse la sombra de Bezif. Asestando el culatazo sobre el cráneo crespo, Martel rodeó con su otro antebrazo el cuello del agredido para sofocar cualquier posible grito y amortiguar la caída.

Repitió con la misma destreza el golpe contra Djebel. Abandonó los dos cuerpos después de amordazarlos y atarlos con sus propias chilabas.

Siguió avanzando por el túnel, orientado por un rectángulo de luz. Oyó rumor de conversación, más audible a medida que se acercaba.

—… Apenas llegue Sidi Kraus, tendrás que avisar a la cábila de Bel Kafur. Sírveme coñac, Larbi.

El merkut se dirigió hacia la licorera. A ras de suelo, por la abertura de la compuerta, acechaba Gustave Martel.

Surgió como impulsado por un resorte, aplicando un veloz gancho al mentón de Jamac.

Larbi soltó botella y vaso, pero ya Martel le aplicaba en la sien un culatazo.

Jamac y Larbi abrieron los ojos aproximadamente al mismo tiempo. Lívido, comprobó Jarnac que al igual que el verdugo beduino, estaba atado en forma concienzuda.

Y se estremeció al oír el tono áspero con el cual decía Martel:

—Tus tres cómplices cantarán, Robert Jarnac. Y en cuanto a ti, vete pensando que si no te extirpa la verdad Abel Vigan… yo me cuidaré de ello.

A la madrugada, telefoneó Martel desde la casa con los cuatro prisioneros. Solicitó del comandante Margens la presencia, «cuando lo permitiera el servicio», del sargento Lesurc y el legionario Heliotrop.

Dio la dirección de la casa vecina, comunicante por el pasadizo. Salió a la calle para encomendar a Zanzi esperase a los dos legionarios, y regresó a vigilar a sus prisioneros.

Anochecía cuando Gustave Martel, oyendo las pisadas de alguien corriendo por el jardín, se dispuso a identificar al impetuoso visitante. Y rezongó satisfecho:

—Ya era hora que llegases, Marc. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Luego te contaré, Gugus. ¿Dónde está el grandísimo cerdo de Jarnac?

León Lesurc entró en la sala donde se abría el rectángulo conduciendo al pasadizo. Miró al capitán Martel. Y presentó Marc:

—Sargento León Lesurc, me place que conozca a mi hermano Gustave Martel.

El capitán de Estado Mayor contemplaba al apodado «Malasaña», mientras lentamente le fue anunciando:

—Al extremo de este pasadizo está prisionero un individuo llamado Robert Jarnac, sargento Lesurc.

—Es el hombre que ayer noche me dio a elegir entre convertirme en un monstruo rameante, o ser un hombre rico.

—Un momento, sargento Lesurc. He asociado lo ocurrido al matrimonio De Rancy con un caso semejante ocurrido en París, el año 22. Un caso que se llamó «asunto Vigan».

Abel Vigan frunció el ceño. Añadía Martel:

—La señorita De Rancy ha reconocido que Robert Jarnac visitaba a su difunta madre… en ausencia del coronel. Lo mismo sucedió en el caso Vigan. Desgraciadamente, sólo ahora queda claro. Robert Jarnac empleaba la más canallesca amenaza. Matar al esposo o a la hija. ¿Qué iba a hacer la pobre señora De Rancy? ¿Qué iba a hacer la pobre Flora Vigan…?

El sargento León Lesurc fue bajando los peldaños que conducían al pasadizo. Caminaba rígidamente.

Marc Martel a solas con su hermano, se rascó la sien.

—Te vas a quedar sin Jarnac como prueba viva de sus delitos, Gugus.

—Lo que deseo es que ojalá merezca Abel Vigan su apodo de «Malasaña». Veinte años después… prefiero no presenciar su venganza. No necesito a Robert Jarnac. Ya han cantado los tres merkut, y el comandante Margens posee ya todos los datos precisos. ¿Tienes sed, Marc?

—Sed de perder de vista la Legión…, cuanto antes mejor. La paga no compensa los sudores de bigote que le dan a uno… Aunque en estos momentos creo que el bigote de Jarnac debe estar inundado de adrenalina panicuda.

* * *

Robert Jarnac contemplaba al sargento Lesurc. Pensó, que no le sería difícil escapar de una prisión francesa. Pero algo le escalofriaba, pese a su insensibilidad, en la persona del sargento legionario.

Abel Vigan estaba quitando las ligaduras que mantenían prietamente atado a Larbi, el verdugo beduino.

Le asió por el cogote y de un empellón lo lanzó contra el sillón

en que estaba preso Jarnac.

La voz de Abel Vigan carecía de entonaciones y matices:

—Escúchame bien, Larbi… Sabes cómo me apodan. Sabes también que soy justo. Intervendré en favor tuyo, pero a cambio de tu arte… Sí, tu arte de verdugo.

El beduino ladeó la cabeza, intrigado.

—No le quites aún la mordaza a Sidi Jarnac. Puedes oírme, Jarnac. Ayer querías transformarme en un guiñapo arrastrándose. No sabías que hace veinte años ya hiciste de mí un guiñapo sin alma, viviendo como un cadáver en pie.

El índice de Vigan apuntó hacia el bereber:

—Te consta que tengo fama de bestial, Larbi, pero nunca de injusto. Haré lo posible para que no te fusilen… En cuanto a ti, Jarnac, ya debes saber lo bien que trabaja Larbi. Te cortará la lengua en seco, sin hemorragia. Un arte antiquísimo, hereditario. Mutilar a trocitos, sin matar. Cuidado que no te falle el pulso, Larbi, o seré yo el que empuñaré la gumía para emplearla contigo.

Una, mueca de satisfacción invadió el siniestro semblante del beduino, mientras los ojos de Robert Jarnac rodaban despavoridos en sus órbitas.

—¿Por dónde empiezo, sargento Lesurc? —quiso saber Larbi.

—La lengua.

No pudo gritar Jarnac, libre de la mordaza, porque los flacos dedos del norteafricano tiraban de su lengua.

Pasaron los minutos. Inquirió Larbi:

—¿Y ahora, sargento Lesurc?

—Los ojos. Sin prisas.

* * *

Los hermanos Martel no lograban comprender ni adivinar lo que estaban viendo.

Abel Vigan miró fijamente a Marc Martel:

—Gracias. He condenado a vivir al culpable.

Habíase ya ido, empujando con la bota el torso humano de piernas y brazos terminados en muñones envueltos en trapos sanguinolentos, cuando pálido y asqueado, masculló Marc Martel:

—¡Qué animal! Me refiero al tronco rastrero que parecía una

foca humana, ciega y fofa…

—Yo no podía, saber que iba a ser tan atroz la venganza de Abel Vigan —murmuró el capitán Martel—, pero más atroces fueron los crimines de Robert Jarnac.

En el «Glacier», tras cenar, dijo Marc Martel:

—Ahora, capi, has de echarme una manila. Quiero desertar.

—Bien… Será la primera vez que protejo a un desertor. Tengo dos pasajes a bordo de un mercante protegido en convoy.

—Pero primero necesito verla a ella. A Lucie de Rancy.

—Se ha ido.

—¿Dónde?

—Se han roto ya las hostilidades en África del Norte, y ella ya no estaba en peligro desde que Jarnac era mi prisionero, ¿comprendes?

—Lo que pregunto es dónde ha ido ella, Gugus.

—A Tánger. Le indicaron que había allí un excelente colegio francés, y muchas familias de refugiados.

—¿Y qué hacemos aquí, maldita sea? Ya deberíamos estar en Tánger. Escucha, capi… Yo, por esta adorable criatura, soy capaz de meterme oficinista, avicultor, lo que ella quiera…

—No me parece mal. Por cierto, ahora recuerdo, que cuando le dije que eras mi hermano, pareció muy interesada en saber si te habías enrolado por tres años o si yo podía intervenir… Me permití asegurarle que muy pronto estarías en Tánger.

La palmada que Marc Martel dio en el hombro a su hermano habría derribado a otro hombre.

—Eres un tío formidable, Gugus.

Durante el viaje, Marc Martel como siempre, olvidaba cuanto dejaba atrás. Sólo pensaba ahora en Lucie, la primera mujer que le inspiraba un puro deseo de propiedad definitiva.

Cuando el mercante fondeaba en Tánger. Marc Heliotrop, aspirando su flor predilecta, afirmó, más que hablando, pensando en voz alta:

—Serás mi padrino, Gugus… No me digas que ella me dará calabazas.

Lucie de Rancy no dio calabazas a Marc Martel.

Por los zocos y aduares, por los oasis, bazares y tiendas de caravaneros, circulaba un rumor que los europeos calificaban de

leyenda.

Se rumoreaba que un subteniente legionario apodado «Malasaña», cuidaba con mucho cariño de un ser monstruoso, ciego y mudo, que andaba arrastrándose por el suelo sobre cuatro muñones.

Eran dos personajes inseparables.

El subteniente Lesurc había propinado severas palizas a quienes infringieron su prohibición de alimentar al monstruo rampante.

¿Qué misteriosa alianza unía aquellos dos seres?

¿La amistad de un bestial legionario por un compañero mutilado en horrible tortura por un refinado verdugo bereber?

Una bomba de aviación sepultó bajo un alud de arena, matándolos, al monstruo rampante y al subteniente León Lesurc.

Cuando León Lesurc recibió sepultura en el cementerio legionario, comentó un veterano en la cantina:

—Ha sido la primera vez que he visto sonreír complacido a Lesurc. Casi me dio la impresión de un hombre feliz, como un sentenciado que, de pronto, queda absuelto y se ve libre. Bueno, serán espejismos, pero a mí, Lesurc, siempre me hizo el efecto de un pobre diablo condenado a vivir sin la menor esperanza.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

VETERANO
tiene
ESO...

un VETERANO SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.